

Volantones, ociosos y guerreros



**Estudio de percepción sobre
el trabajo infantil en zonas mineras**



**SOMOS
TESORO**





Estudio de percepción sobre el trabajo infantil en zonas mineras de Colombia

**Astrid Elena Villegas Botero
Martín Emilio Gáfarro Barrera**



Pact Colombia

Directora de Pact en Colombia y directora proyecto Somos Tesoro

Patricia Henao Saavedra

Oficial de Programa de Pact

Diana Muratova

Pontificia Universidad Javeriana

Directora de Departamento de Psicología

Olga Lucía Huertas Hernández

Directora de Postgrados, Facultad de Psicología

Johanna Burbano Valente

Autores

Astrid Elena Villegas Botero

Martín Emilio Gáfaró Barrera

Dibujos e ilustraciones

Daiana Rosales

Diseño de portadas

Andrea Hoyos Atehortúa

pactworld.org somostesoro.org

Edición, Bogotá D.C.

Abril de 2018

ISBN: 978-958-56598-0-3

Producción gráfica

Opciones Gráficas Editores Ltda.

www.opcionesgraficas.com

Esta publicación hace parte del proyecto Somos Tesoro, financiado por el Departamento de Trabajo de los Estados Unidos. El contenido de este material no refleja necesariamente las opiniones o las políticas del Departamento de Trabajo de los Estados Unidos. La mención de nombres comerciales, productos comerciales u organizaciones no implica su aprobación por el gobierno de los Estados Unidos.

Agradecimientos

Pact y la Universidad Javeriana agradecen a las mujeres y jóvenes de Antioquia y Boyacá que participaron en los grupos focales para la realización de este estudio. Agradecen también a los equipos de campo de Pact, quienes facilitaron la convocatoria y realización de los grupos focales. A los coordinadores y equipos de campo de las organizaciones socias en el proyecto Somos Tesoro: Alianza por la Minería Responsable, Fondo Acción y Fundación Mi Sangre, quienes apoyaron este trabajo. Al Departamento de Trabajo de los Estados Unidos, financiador del proyecto Somos Tesoro, en el marco del cual se realiza este estudio.



Contenido

Prólogo
Introducción
Metodología

1. Hallazgos

- 1.1** La infancia es más corta de lo que parece
 - De la protección a la producción
 - La autonomía asoma sus narices
- 1.2** No todo pasado fue mejor
 - Tanto que te luché...
- 1.3** Los padres no se mandan solos
 - Llega la Era de la Información
- 1.4** La vida no es pa' flojos
 - El trabajo, escudo de guerreros
- 1.5** Ser varón, privilegio y desafío
- 1.6** El futuro es el presente
 - ¿Qué quiero ser cuando grande?
- 1.7** El trabajo no es como lo pintan

2. Protagonistas

- 2.1** No estamos pa' Cenicientas. *Carolina*
- 2.2** Al pasar el umbral. *Fabián*
- 2.3** Calle arriba, calle abajo. *Rebeca*
- 2.4** El campo soy yo. *Diego*
- 2.5** No es el mismo bosque. *Silverio*

3. Conclusiones

- 3.1** Conclusiones
- 3.2** Recomendaciones

Prólogo



Pact es una organización internacional sin ánimo de lucro que trabaja en cerca de 40 países, para que quienes han vivido en situaciones de pobreza y marginalización sean escuchados, adquieran mayores capacidades y se conviertan en parte de una sociedad vibrante. Una sociedad constructora de su propio futuro y con una mejor calidad de vida, en alianza con organizaciones locales, el sector privado y el gobierno. En Colombia, Pact lidera el proyecto Somos Tesoro, implementado de manera conjunta con Alianza por la Minería Responsable, Fondo Acción y la Fundación Mi Sangre. Este proyecto, financiado y apoyado por el Departamento de Trabajo de los Estados Unidos, tiene como fin reducir el trabajo infantil en minería de oro en Antioquia y de carbón en Boyacá.

El proyecto y sus integrantes han buscado alternativas y soluciones construidas con y desde la comunidad para abordar la problemática del trabajo infantil en zonas mineras. Este estudio en particular se construye en

un diálogo con integrantes de la comunidad, y busca conocer y comprender los imaginarios y sentidos que determinan algunas de sus acciones. Sólo al reconocer sus costumbres, sus valores y creencias con relación al trabajo infantil es posible generar con ellos una reflexión pertinente, efectiva y transformadora.

La Facultad de Psicología de la Universidad Javeriana aceptó acompañarnos en este estudio sobre la percepción de adolescentes y adultos de poblaciones mineras en torno al trabajo infantil y ha sido un gran aliado, con sus aportes técnicos en la creación de la metodología, en la sistematización, el análisis de la información y la presentación de sus resultados.

“Volantones, ociosos y guerreros” recoge los principales hallazgos de este estudio, que publicamos como un aporte a la creación de estrategias efectivas para generar conciencia frente al trabajo infantil en la minería. El nombre del estudio hace alusión a esa vaguedad con la que son vistos los niños y los adolescentes en los contextos mineros donde el trabajo infantil es una desafortunada realidad.

Mientras las instituciones y las organizaciones sociales luchamos para que los niños, niñas y adolescentes permanezcan en ámbitos protegidos, los menores de estas regiones tienen sus propias luchas. Entre ellas, contra la mirada sospechosa de los adultos, quienes los etiquetan en una mezcla de pernicie, valentía y rebeldía.

Estamos convencidos de que estudios como este; que generan procesos de diálogo y realzan la voz de jóvenes y adultos sobre el trabajo infantil, son elementos valiosos para mejorar la situación de la niñez en las zonas mineras de Colombia.

La lectura del estudio, no sólo de los hallazgos sino en particular de los relatos, es una invitación a reconocernos en la voz de otros colombianos y colombianas; a ver cómo su realidad ha transmutado, en muchos casos sin entender por qué; y a darnos cuenta de que las transformaciones positivas parten de comprender y proponer entre todas las opciones para el futuro.

Patricia Henao Saavedra

Directora de Pact en Colombia

Directora del proyecto Somos Tesoro

Introducción



El mundo del trabajo infantil minero desde adentro

Para el mundo contemporáneo, el trabajo infantil figura como una situación que debe ser erradicada cuanto antes. El lugar de los niños y niñas, de acuerdo con esta lógica, es la escuela, la cultura, los parques y los centros deportivos. Aún así, el trabajo infantil persiste como realidad social en gran parte del mundo.

No es algo nuevo decir que el trabajo infantil es una problemática muy compleja en la que se cruzan elementos de orden económico como la pobreza y la falta de trabajo; de orden social como los índices de progreso y desarrollo social; de orden cultural como la valoración del ocio y la transmisión de saberes ancestrales, entre otros, referenciados por la Estrategia Nacional para Prevenir y Erradicar las Peores Formas de Trabajo Infantil y Proteger al Joven Trabajador 2008-2015. En algunos ámbitos, como en las zonas de minería artesanal y de pequeña escala, ese entramado de factores se combina, y hace difícil identificar lo que es causa o es efecto de

que los menores de edad se dediquen a actividades laborales esperables solo en los adultos.

Este estudio cualitativo añade un elemento más a la complejidad señalada: las percepciones que los directamente involucrados tienen sobre el trabajo infantil. Por directamente involucrados nos referimos a los menores de edad que trabajan o podrían estar en situación de trabajar y a los adultos responsables de su crianza.

¿Qué es un estudio de percepción y cuál es su alcance? Respecto al qué, las ciencias sociales han utilizado el concepto de percepción de maneras distintas. Algunas veces lo asocian a ideas, otras a preconcepciones y unas más a la manera como los seres humanos procesan la información recibida por los sentidos. (Vargas Melgarejo, 1994). Para este estudio entendemos la percepción como las imágenes que se tienen sobre un objeto, el trabajo infantil, y los juicios morales que se formulan sobre el mismo. De modo que en este estudio, la percepción tiene una estrecha relación con las creencias y los valores sociales compartidos por un grupo. En cuanto a su alcance, creemos que al tener mayor entendimiento del fenómeno podremos ser más eficientes en la formulación de políticas y estrategias para la solución de esta situación evitable.

La información aquí analizada se recogió de ocho grupos focales; tres de ellos de mujeres y cinco de adolescentes de tres regiones mineras de Colombia: la zona de Remedios y Segovia, en el Nordeste antioqueño; la zona de Zaragoza y El Bagre, en el Bajo Cauca antioqueño, en las que se explota oro, y la provincia de Sugamuxi, en Boyacá, en particular los municipios de Sogamoso, Mongua, Tópaga y Gámeza, donde se extrae carbón. En total, participaron 30 mujeres y 50 adolescentes.

Debido a que los hombres adultos no atendieron el llamado a participar en los grupos focales, la visión de estos ha quedado limitada a las menciones que hacen los niños, jóvenes y mujeres de la manera como ellos se refieren a estos temas en el hogar.

Las personas que participaron en estos grupos focales no necesariamente hacen parte del proyecto Somos Tesoro y ninguno de ellos había recibido los beneficios del proyecto en el momento de realizarlos.

La información que arrojaron los grupos focales se categorizó en siete temas, todos ellos emergentes: Trabajo y cultura; Trabajo y etapas de la vida; Trabajo y familia; Trabajo, autorrealización y relación de pares; Valoración de la Educación; Valoración del tiempo libre; Trabajo y futuro.

En el análisis de estas categorías se obtuvieron siete hallazgos, que recogen las percepciones aportadas tanto por mujeres como por adolescentes. Estos son:

1. La infancia es más corta de lo que parece. El Estudio muestra que los niños y niñas empiezan a ser vistos como grandes entre los 10 y los 12 años. “No son niños, son grandes”, dicen adultos y jóvenes y, por lo tanto, asocian el trabajo infantil únicamente a aquel realizado por niños aproximadamente hasta los 10 u 11 años. Relacionan el final de la primera infancia con el momento en que pueden hacer los primeros oficios de la casa. Luego, tienden a ver el final de la niñez como el comienzo de la vida adulta, descartando en la práctica las etapas intermedias de adolescencia y juventud temprana. Los padres encuentran en el oficio y el trabajo una manera concreta de inculcar la responsabilidad en sus hijos. Los chicos y chicas, por su parte, sienten curiosidad por saltar rápidamente a ejercer labores de la vida adulta.

2. No todo pasado fue mejor. Los testimonios dan cuenta de cuán dura y limitada en posibilidades fue la infancia de los adultos en general, en especial para las mujeres. Ante las precarias condiciones para estudiar en su época, ellas resienten que los niños y niñas no valoren las facilidades que tienen hoy para el estudio y aspiren a trabajar. Su propia historia hace que el gran empeño de los adultos sea el estudio de sus hijos. Lo demás, incluso si trabajan o no, tiene menor relevancia para ellos y ellas.

3. Los padres no se mandan solos. Los cambios en los patrones de crianza han dejado a los padres sin certezas de cómo educar y disciplinar a sus hijos. El desarrollo de la sociedad ha dado campo a los niños y niñas como sujetos de derechos, lo que ha traído complejidades para la crianza. Los adultos consideran que la autoridad paterna, como la de los profesores en los colegios, se vuelve un terreno confuso y reglado más por la ley que por las dinámicas familiares. Esto limita el rol de autoridad de los adultos, en especial de las mujeres, y su papel a la hora de evitar que su hijo trabaje.

4. La vida no es pa’ flojos. Ante su concepción de que “la vida es dura”, grandes y chicos piensan que mientras más temprano se

preparen para el trabajo, su desempeño en la vida adulta será mejor. Por esto, y por su afán de inculcarles la responsabilidad, los padres de familia manifiestan que lo verdaderamente inaceptable es que los chicos y chicas no hagan algo productivo. Esto los lleva a evitar a toda costa el tiempo de ocio de sus hijos, y a insistirles en el oficio y el estudio. En tercera opción, al trabajo. Los adolescentes también valoran positivamente todo aquello que los prepare para enfrentar la vida; entre ello, aprender a trabajar.

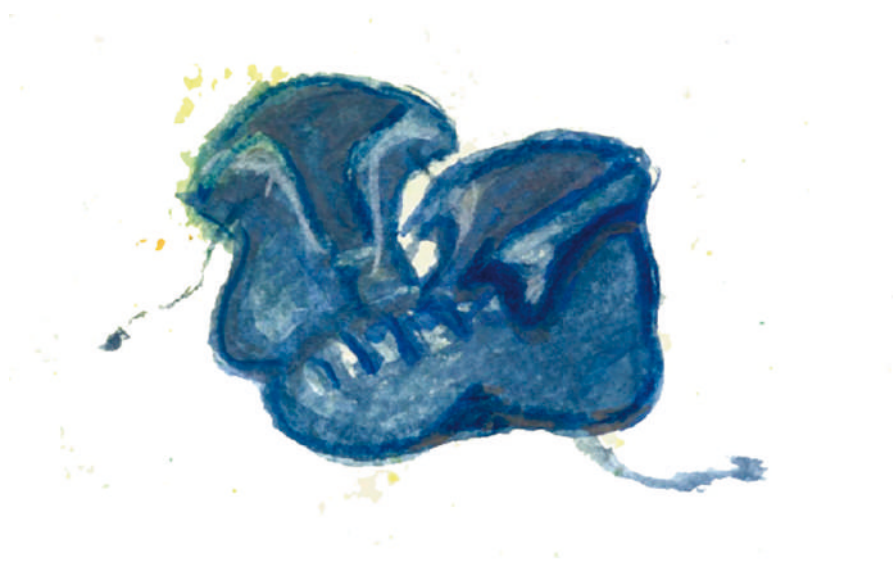
5. Ser varón, privilegio y desafío. Aunque se observan avances hacia una visión más equitativa en los roles que hombres y mujeres tienen en la familia y la sociedad, los varones aún son vistos como personas con más libertades, tanto en el estudio como en el trabajo. Esto entra en delicado equilibrio con la presión que reciben al llevar aún sobre sus hombros el peso de ser el proveedor del hogar. Ya desde la adolescencia, los varones lo manifiestan como una preocupación. Por otra parte, saber trabajar tiene un peso significativo en la imagen del varón capaz y ‘echado pa’ lante’. Y puesto que consideran que a trabajar se aprende trabajando, esto tiende a lanzarlos a iniciar la vida productiva a temprana edad. La expectativa de salir a trabajar es menor en el caso de las niñas, que en muchos casos tienen ya bastante con la carga en el oficio doméstico. Su rol en la atención de la familia, aunque supere el tiempo permitido e implique responsabilidades propias de un adulto, es visto como algo natural.

6. El futuro es el presente. Para los participantes, grandes y chicos, la continuidad del trabajo rural se fundamenta en la transmisión de los saberes. Por eso, la concepción de futuro no es muy distinta a la del presente. Esto se ve en mayor medida en las labores agropecuarias, pero también en la minería. Para ellos y ellas, la participación de los niños en estas actividades hace parte de la esfera de la cultura y posibilita que el campo continúe existiendo. Tan es así que encuentran una diferencia radical entre hacer las labores de la casa, cuidar los animales o los cultivos y el trabajo propiamente dicho. Mientras los primeros son vistos como parte de la educación, el trabajo se caracteriza por la remuneración en dinero y la posibilidad de acceder a bienes.

7. El trabajo no es como lo pintan. Es interesante ver que ni los niños ni los adultos consideran el trabajo de los menores de edad como algo necesariamente perjudicial. Por un lado, perciben que el trabajo forja responsabilidad y despierta la vocación de trabajar; también da experiencia útil y ayuda a la economía individual y familiar. A los jóvenes les permite adquirir objetos que sus padres no están en capacidad de suplir, como el celular o la ropa de marca. También es interesante ver que los niños que no han incursionado en el trabajo tienen la idea de que trabajar es divertido. Una vez lo experimentan se dan cuenta que no es como pensaban.

Por último, el lector encontrará cinco relatos que, sin corresponder a chicos o adultos reales, muestran la narración de los participantes en formato de ficción. Son relatos sobre las experiencias y las vivencias de estas familias alrededor del trabajo infantil. Recogen la descripción de su entorno, su manera de expresarse, sus anécdotas, sus expectativas y deseos desde la mirada del observador.

Esperamos que el lector los encuentre tan entretenidos como formativos.







Metodología

Esta es una investigación de corte cualitativo, es decir, aquella que se utiliza “cuando hay una realidad que descubrir, construir e interpretar”, como dicen Hernández Sampieri, Collado y Baptista (2010, p. 11). La investigación cualitativa se fundamenta en una perspectiva interpretativa centrada en el entendimiento del significado de las acciones de seres vivos. Se diferencia de los estudios cuantitativos en tanto no busca dar cuenta de la extensión de un fenómeno, sino interpretarlo en profundidad y detalle. “La investigación cualitativa proporciona profundidad a los datos, dispersión, riqueza interpretativa, contextualización del ambiente o entorno, detalles y experiencias únicas” –afirma Hernández Sampieri–.

También se diferencia de los estudios cuantitativos en que no busca demostrar una teoría, sino generar hipótesis que explican un fenómeno. “La investigación cualitativa aporta un punto de vista fresco, natural y completo”, dice Hernández Sampieri.

En la investigación cualitativa no se pretende generalizar de manera probabilística

los resultados a poblaciones más amplias. Por lo tanto, no se efectúa una medición numérica, y el análisis no es estadístico. “La recolección de los datos -dice Hernández Sampieri- consiste en obtener las perspectivas y puntos de vista de los participantes (sus emociones, prioridades, experiencias, significados y otros aspectos subjetivos). También resultan de interés las interacciones entre individuos, grupos y colectividades. El investigador pregunta cuestiones abiertas, recaba datos expresados a través del lenguaje escrito, verbal y no verbal, así como visual, los cuales describe y analiza y los convierte en temas que vincula, y reconoce sus tendencias personales. Debido a ello, la preocupación directa del investigador se concentra en las vivencias de los participantes tal como fueron (o son) sentidas y experimentadas”.

Varios son los métodos que se pueden utilizar para la recolección de información en la investigación cualitativa: entrevistas profundas, pruebas proyectivas, cuestionarios abiertos, sesiones de grupos, biografías, revisión de archivos, observación, entre otros. Este estudio se basó en la realización de sesiones de grupo, o “grupos focales”: entrevistas colectivas a grupos homogéneos de entre 9 y 12 personas, que fomentan el relato y el discurso de los participantes.

En cada grupo focal se hicieron dos ejercicios vivenciales que llamamos la “línea de vida ideal” y la “línea de vida real”, en los que los participantes compararon las actividades de su infancia y las de una infancia ideal. El tercer paso fue la reflexión conjunta sobre las respuestas y apreciaciones que aportaron en ambos ejercicios.

Con la línea de vida ideal los participantes compartieron su percepción sobre las actividades apropiadas para cada etapa de la infancia y adolescencia. Cada participante recibió el diagrama de la línea de vida y escogió entre decenas de tarjetas, las imágenes que consideraba acordes a cada edad. Cada tarjeta representaba una sola actividad y fueron preparadas con el cuidado de llevar una expresión neutra. De cada imagen había tarjetas suficientes para todos los participantes. Además, se les animó a incluir en fichas en blanco otras acciones que consideraran pertinentes.

El mismo método fue aplicado a la línea de vida real en otro diagrama, en el que los participantes representaron las acciones que han realizado entre los 0 y los 18 años, o su edad actual. Al exhibirlos en forma paralela se hizo la comparación, y se acompañó de preguntas clave por parte de los facilitadores, que permitieron profundizar en lo plasmado en los dos primeros ejercicios y ampliar la discusión

hacia conceptos más generales, como la educación, la crianza y el desarrollo infantil.

En ese espacio de diálogo se preguntó, por ejemplo, por las razones que los motivaban a realizar ciertas actividades; por la manera como ellos y otros reaccionan ante actividades relacionadas con el trabajo infantil, y por sus ideas sobre la cultura, la autorrealización y el futuro, entre otras.

Para finalizar, se pidió a los participantes calificar algunas actividades según su calidad de formativas, divertidas o peligrosas durante la infancia y adolescencia.

En la prueba piloto los diagramas de la línea de vida real traían un espacio para diferenciar entre lo que les gustaba y no les gustaba. Esto no resultó pertinente en tanto confundía a los participantes, y se eliminó para los siguientes grupos focales.

El contenido de los diálogos generados en los ocho grupos focales fue sistematizado mediante “NVivo”, un *software* de investigación cualitativa, que permite agrupar las intervenciones hechas en los grupos focales según las categorías definidas por los investigadores. Posterior a la sistematización se realizó el proceso de análisis de la información recogida en cada categoría. Esto condujo a identificar las categorías emergentes, es decir, aquellas que una vez analizado el material resultan significativas para la pregunta de investigación. Estas categorías emergentes estructuran el cuerpo de hallazgos del Estudio.



1.

Hallazgos

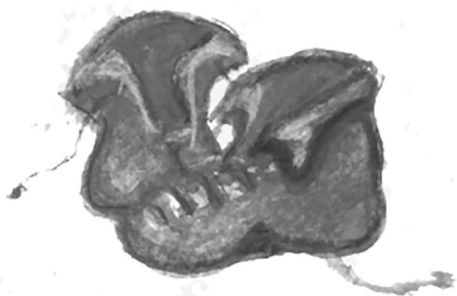
- 1.1 La infancia es más corta de lo que parece
- 1.2 No todo pasado fue mejor
- 1.3 Los padres no se mandan solos
- 1.4 La vida no es pa' flojos
- 1.5 Ser varón, privilegio y desafío
- 1.6 El futuro es el presente
- 1.7 El trabajo no es como lo pintan



Volantones, ociosos y guerreros

Percepciones y vivencias de niños, niñas y mujeres madres, habitantes de zonas mineras

Aquí comienza este recorrido hacia el interior de la mirada de esas mujeres y esos jóvenes que habitan en zonas mineras de oro y carbón. Un acercamiento a su retina moldeada por la cultura, para esculcar qué es lo que desde allí se ve cuando por su mente pasa la imagen de un niño, una niña o un joven aún no adulto. En particular, aquellos aspectos que tienen alguna relación con la posibilidad de que trabajen.



Se han identificado como hallazgos aquellos temas que resultaron comunes para las poblaciones mineras de Antioquia y Boyacá. Las particularidades encontradas para uno u otro territorio son señaladas en el texto. Vale la pena aclarar que si bien son poblaciones en su mayoría dedicadas a la minería, tienen una gran influencia campesina, ya sea porque en sus municipios y veredas se desarrollan actividades agropecuarias paralelas a la minería, o porque han mutado de la producción agropecuaria a la extracción minera.

Para facilidades en la escritura, en algunos casos se utiliza genéricamente el término “niños” para denotar tanto a niños como niñas. En los casos en que los testimonios lo muestran, se plantea la diferencia entre las percepciones de unos y otros. También se utilizan varias formas de referirse a los “adolescentes”, en tanto ellos no se sienten plenamente identificados con este término. Incorporamos “chicos” y “jóvenes no adultos” como una manera de iniciar la búsqueda hacia una expresión con la que ellos se sientan representados.

Algunas frases de los testimonios recogidos son incluidas de manera literal en el texto para compartir con el lector la manera como los participantes se expresan sobre estos temas.

1 La infancia es más corta de lo que parece

Una de las características más notables de lo que cuentan las mujeres que participaron en el estudio y en general los adultos de las zonas mineras de Antioquia y Boyacá es lo que ven en un chico o una chica de 12, 13 o 14 años: alguien muchas veces más alto que sus padres y con una vida social propia. Apenas han pasado unos cuantos años y no encuentran ya la imagen del niño o la niña que acostumbraban cuidar. Los escuchan hablar con propiedad, defender sus ideas y sus intereses y controvertir a sus padres, en busca a toda costa de su autonomía. A los ojos de los adultos que los rodean, los que fueron niños o niñas en esta etapa ya no lo son. Los ven, en todo el sentido de la palabra, “grandes”.

El ciclo del desarrollo pareciera tener un ritmo vertiginoso en estos territorios, más acentuado en Antioquia que en Boyacá. No es solo la percepción de los padres; a los 10, 11 años los chicos y chicas se identifican a ellos mismos más como jóvenes que como niños. Esta mirada acompaña todas las etapas: Cuando el bebé empieza a caminar y balbucear ya se le define como un “niño chiquito”, una edad en la que aún está para recibir caricias, protección y mucha atención. Al poco tiempo, hacia los tres, cuatro años, su status cambia y se le asume como un niño listo para ser formado; en otras palabras, empieza a ser visto como un “niño grande”. Esta consideración es importante porque para padres y madres es el momento de comenzar a forjar valores y actitudes en él o ella. En especial, ponen gran empeño en despertar en ellos el sentido de la responsabilidad.

Este valor, tan arraigado en la cultura y fuertemente impulsado por el discurso social, se vuelve determinante en la autovaloración que los adultos hacen de su condición de padre o madre, dado que son ellos los encargados de inculcarla. *“Hay que enseñar la responsabilidad”*, se escucha continuamente. Los padres encuentran en los oficios del hogar una escuela valiosa para forjar la mencionada responsabilidad. Los oficios del hogar son una manera de prepararlos para que al crecer sean gente laboriosa, capaz de salir adelante, y tengan una vida buena.

Ya uno les va diciendo desde pequeñitos que cada uno tiene su responsabilidad, y la niña, que tiene tres años, dobla su cobija. No lo hace bien, pero ella ya está aprendiendo que esa es su responsabilidad.

Mujer de Antioquia.

Yo les enseñé desde pequeños a lavar ropa. Toca desde pequeños enseñarles. **Mujer de Boyacá.**

Así, muy temprano, el rol familiar del niño o la niña pasa de ser receptor de cuidados a tomar parte en los asuntos domésticos.

El título de “niño o niña grande” tiene sus beneficios: el pequeño obtiene a cambio el reconocimiento como miembro aportante en el hogar, mucho más interesante para él que el papel de simple receptor. Es que, como dicen estos jóvenes, pocas cosas hay tan atractivas como ser grande cuando aún se es chico.

En su afán de crecer, la etapa de “niño grande” tampoco dura mucho. Los niños y las niñas comienzan a definir sus gustos y a reconocer su identidad, su carácter y su estilo propio.

Según ellos, se es niño o niña hasta cuando cambian sus intereses. Esto se hace notorio “cuando los pelaítos ya le estorban a uno”, y cuando “le empiezan las maripositas en el estómago”, dicen. Para los chicos de Antioquia, esto puede ocurrir en cualquier momento a partir de los nueve años.

Para sus padres y sus madres un indicador de esa nueva condición de sus hijos son los cambios en su cuerpo, que los hacen ver grandes y sentirse fuertes. Además de la estatura, antes de los 15 años muchos de ellos ya han sobrepasado el nivel de estudios de sus padres, lo que ayuda a que los perciban con gran capacidad física y mental.

Si bien las políticas públicas nombran la etapa entre los 12 y 17 años como “adolescencia”, los chicos y chicas no reconocieron “adolescentes” como un término con el que se identifiquen. La palabra *adolescencia* no es muy usada y poco sentido tiene para ellos, en su mayoría entre los 12 y los 14 años. Ellos se ven en las etapas tempranas de la juventud, así, a secas. Nada resulta tan ajeno a su identidad como los

términos “niño” o “niña”. Al sentirse grandes y capaces se equiparan más a los adultos que a los niños y entran en choque con el papel protector que hasta ahora jugaban sus padres. La acción de protección sobre ellos es algo de lo que se quieren sacudir.

De la protección a la producción

La coincidencia entre chicos y adultos de ver a adolescentes y pre-adolescentes como gente grande, tiene sus diferencias a la hora de observar las manifestaciones propias de esa edad.

Algunos jóvenes no adultos las expresan como manifestaciones de una edad propia para el auto-descubrimiento, que les permiten reconocerse y formar su identidad: tomarse fotos, oír música, estar con los amigos, recochar, explorar sus gustos, practicar sus hobbies, pensar, soñar, andar, ir al parque o enamorarse.

Mientras tanto, los adultos solo consideran que su papel de padres está bien cumplido si los hijos pasan el tiempo concentrados en el estudio, en realizar los quehaceres del hogar y en participar en las actividades de la familia.

Por eso, usualmente no ven valor en que los jóvenes se dediquen a su proceso de “auto- descubrimiento”. Por el contrario, tienden a reclamarles por “perder el tiempo”. Ante el deber que asumen de inculcar la responsabilidad -máxima principal en el rol de padres- el ocio es su mayor temor. La responsabilidad se expresa, principalmente, en tres acciones: *estudio, oficio y trabajo*. Todo lo demás, lo que está allí excluido, puede ser considerado como el temible “ocio”, que cultiva la pereza, la madre de los vicios.

Sí, se pone a trabajar porque aquí yo no lo puedo tener calle arriba y calle abajo. **Mujer de Antioquia.**

Le dicen ‘Póngase a estudiar. Si no, a trabajar’. **Chica de Boyacá**

Al centrar la formación de los hijos en el eje estudio-oficio-trabajo, los padres le restan importancia al tiempo que ellos y ellas utilizan para el desarrollo de la personalidad y de sus habilidades sociales, así como el valor y el impacto que estos aspectos tienen en el bienestar y el desempeño de las personas en la vida adulta. Es una postura que los padres no necesariamente sustentan en el peligro de que sus hijos terminen en actividades delictivas. Más bien, es la noción de que el ocio *per se* es nocivo.

Con este vacío en el proceso de crecimiento, desde la mirada de los adultos el ciclo del desarrollo pasa directamente de la etapa de protección a la etapa de producción.

La autonomía asoma sus narices

Al sentirse grandes y capaces, y en una relación más pareja con sus padres, varios pensamientos se empiezan a afianzar en la mente de los jóvenes aun no adultos de estas zonas mineras.

Por una parte, cuando el hogar enfrenta una situación de fragilidad económica y el trabajo de sus padres es pesado, los chicos manifiestan sentirse como una carga para los adultos. Una carga que, además, les parece innecesaria, pues se consideran en capacidad de aportar.

Hay unos que se quedan en la casa y es simplemente a lo que los papás les den. Eso tampoco, que le den todo a uno, tampoco. *Joven de Antioquia*

Por otra parte, los testimonios hablan de las tensiones entre padres e hijos derivadas de la diferencia en la apreciación sobre el quehacer de los jóvenes no adultos; ellos y ellas quieren una relación menos vertical ya que se sienten a la altura de los padres. Esto los distancia de ellos y genera dificultades de comunicación que pueden agrietar las relaciones en el hogar.

Frente a esta situación, los padres consideran indicado que los hijos asuman mayores responsabilidades. Los chicos, en cambio, se

inclinan a ver la salida en una mayor autonomía. Si bien son destinos distintos, ambos caminos ponen en el horizonte la opción de trabajar. Un camino que unos y otros tienden a ver viable, pues tanto adultos como chicos coinciden en que ya son grandes y se han hecho fuertes.

Así, en opinión de los jóvenes no adultos, el trabajo es una posible salida que les permite no solo esquivar las dificultades en el hogar, sino también dejar de estar sujetos a las disposiciones de sus padres. Es más, en casos en que se presenta falta de respeto o incluso abuso de autoridad, la dependencia económica se convierte para los jóvenes no adultos en una atadura que los mantiene en esa situación.

Para los papás, la vida de los jóvenes debería ser no salir y hacer aseo.

Chico de Boyacá.

Cuando yo empecé a trabajar este año, la comunicación con mi papá y mi mamá cambió mucho porque ya no teníamos tiempo para pelear. **Chica de Antioquia.**

Unos trabajan para que no tengan que decirles nada en la casa. Dicen yo me mantengo, usted no tiene por qué decirme nada. **Chico de Antioquia.**

En el caso de las zonas mineras de Antioquia, a esto se suma que los chicos perciben como una situación habitual el abandono del hogar por parte de los padres. Y si bien las mujeres hacen explícito su interés en sus hijos e hijas y en superar las dificultades de la crianza, los jóvenes se sienten en un descuido generalizado, que expresan de manera reiterada.

Mi papá, típico papá que abandona la casa. **Chico de Antioquia**

...cosa que acá casi no se ve, que los padres se preocupen mucho por los hijos. **Chica de Antioquia.**

En síntesis, al sentirse capaces, en ese momento de la vida en que la autonomía asoma sus narices, pocas cosas pueden contener a los adolescentes, en particular si las condiciones en el hogar no les brindan estabilidad.

2 No todo pasado fue mejor

Si en ocasiones la vida de estos jóvenes no es fácil, la de sus padres no lo es más. Ellos crecieron en la Colombia rural, en una época en que, según los testimonios de las mujeres, las condiciones eran mucho más precarias. El agua se recogía fuera de la casa, se cocinaba con leña y no siempre había electricidad. En la mayoría de los casos, sus familias vivían lejos de los centros urbanos, trabajaban la agricultura o la minería, y tenían animales y huertas para complementar el sustento del hogar.

Mejor dicho, en su infancia vivieron la premodernidad en todo el sentido de la palabra.



La infancia relatada por las mujeres da cuenta de un trabajo incesante en la casa, en donde apenas unas relaciones familiares con fuerte autoridad hacían que el grupo marchara al ritmo que se requería. Tan pronto los niños tenían capacidad de aportar en las labores agropecuarias, estas les eran delegadas. Y tan pronto estaban en capacidad de cargar –entre los 7 y los 10 años– podían trabajar en la minería. La visión de ellas sobre la educación en ese

tiempo es que era un asunto de la vida urbana. En el campo, las escuelas eran escasas, quedaban retiradas y quitaban tiempo a los niños para cumplir con las labores en la agricultura, el cuidado de los animales u otra actividad económica de la familia. Además, el estudio resultaba costoso para los hogares.

Los papás de uno era que a ver los animales, que ayudar a picar allá en el sembrado... a lo de la cocina. A mí siempre me tocó la cocina, mas que no fuera a estudiar; así, mañana va y después se adelanta y ya, pero uno tenía que estar ahí. **Mujer de Boyacá.**

Uno con 9 años y le tocaba ir por una carga de leña, vaya pile arroz... ¡a nosotros nos tocó pilar arroz! **Mujer de Antioquia**

A mí, un lápiz pa' mi hermanita y yo. **Mujer de Antioquia.**

Las explicaciones que ellas mismas dan son interesantes: debido a que el sustento del hogar se derivaba de las actividades agropecuarias y mineras, y no se contaba con oportunidades de empleo, la educación era vista como un bien secundario. Y, puesto que se trataba de familias numerosas, los recursos sólo alcanzaban para darles estudio a algunos de los hijos. Varias de ellas hacen ver el trato desigual según el género: los papás solían escoger a los varones para el colegio.

Las niñas, mientras tanto, asumían labores del hogar.

En mi casa me decían que estudiara cuando estuviera grande, que así pequeña no aprendía. Que había que hacer tal cosa, que había que hacer la otra. Que si se va a estudiar no me ayuda acá. **Mujer de Antioquia**

La lejanía, la falta de transporte y el conflicto armado fueron también mencionados como factores disuasivos de la educación, tanto en la época de los padres como en la de los hijos, en particular para los hogares que habitan en zonas aisladas de centros urbanos. En algunos casos, hablan de cómo el conflicto ha afectado la educación debido a la inseguridad en el trayecto al estudio. En otros, de cómo los ha hecho víctimas.

Yo tuve una infancia perfecta hasta los 11 años, juegos, todo muy bien. Pero a los 11 años me mataron mi papá. Entonces ya todo cambió. **Mujer de Antioquia**

Seguramente la escasa oportunidad que tuvieron las mujeres para acceder al estudio las lleva a dar un gran valor a la educación. Tal vez por eso, algunas entraron a estudiar una vez comenzaron a trabajar. Otras de las participantes hablan de haber sacado su bachillerato mientras criaban a sus hijos. Las que nunca lo lograron se manifiestan nostálgicas al respecto.

Yo empecé a trabajar y estudiar desde los 12 años. Trabajé lavando trastes en la mañana y en la tarde iba a estudiar. *Mujer de Antioquia*

Los grandes desafíos que han afrontado para poder estudiar han forjado en ellas la convicción de que el estudio es fundamental para la vida de sus hijos. Así, se han convertido en grandes abanderadas de la educación. Que ellos y ellas estudien es su más grande empeño.

Tanto que te luché...

Las mujeres relatan que después de pasar su infancia en el campo, muchas de sus familias se trasladaron a los cascos urbanos durante su juventud. Algunas como parte de la gran migración campesina que se presentó en el país entre los años 70 y 90, y otras para esquivar el conflicto armado interno en los años 90.

Numerosas familias también se acercaron a la zona urbana para facilitar el acceso de sus hijos a la educación secundaria. En la zona del Bajo Cauca antioqueño, donde el barequeo ha sido fuente importante de ingresos, algunas familias han recurrido a dejar los hijos en la cabecera municipal, mientras los padres pasan días o semanas trabajando en la minería en zonas aisladas. En estos casos, los hijos resuelven solos su vida diaria entre el hogar y el estudio; los mayores se hacen cargo de los menores, de su ropa, su alimentación y el apoyo con sus tareas. Aún en esas condiciones, los adultos consideran que ahora la vida es menos precaria. Lo importante es que sus hijos pueden estudiar.

La percepción de las mujeres participantes, especialmente en Antioquia, es que la concentración de los hogares en los cascos urbanos ha dejado atrás gran parte de las labores agropecuarias que tanto esfuerzo demandaban a los miembros del hogar. Como complemento de lo anterior opinan que las facilidades que se presentan hoy hacen que sus hijos valoren menos la oportunidad que tienen de ir a estudiar.

Hoy día hay mucha garantía de estudiar; usted puede estudiar por la mañana y trabajar en la tarde; puede estudiar en la noche y trabajar todo el día, mientras que en el tiempo de antes no era así. **Mujer de Boyacá.**

Hay niños que dicen eso uno pa' qué estudia si eso no le va a dar plata a uno. **Mujer de Antioquia.**

La historia de su propia infancia, en la que ir al colegio fue un privilegio de pocos, ha llevado a padres y madres a enfocarse en el acceso de sus hijos a la educación formal. En particular, las madres cuidan como un tesoro que sus hijos asistan a la institución educativa. Es el gran paso que ha dado su generación. El estudio es lo que cuenta. Lo demás es secundario. Por eso, en estas zonas mineras, es común escuchar tanto a adultos como a niños y jóvenes, decir en tono tranquilizador que mientras estudien, casi todo vale.

Él se va a trabajar, pero estudia. **Mujer de Antioquia.**

Así, mientras estudie, no consideran problemático que trabaje. Eso sí, que un chico decida dejar de estudiar es un gran decepción para una madre. Una decepción que actualmente viven sin poderlo controlar numerosas mujeres de las zonas mineras de Antioquia.

Mijo, entonces tanto tiempo que te luché y vas a dejar de estudiar...
Mujer de Antioquia

Las mujeres y los chicos perciben una disposición distinta en los hombres ante esta situación. Según ellos y ellas, cuando los hijos deciden dejar de estudiar, algunos padres los contienen, haciendo ejercicio de su autoridad. Sin embargo –refieren– otros padres aceptan sin dificultad que su hijo deje de estudiar, siempre y cuando siga cultivando su responsabilidad en alguna de las actividades de la ecuación estudio-oficio-trabajo.

Los papás nos dicen ‘a estudiar o a trabajar; o sea, a estar ocupado pues’. *Chica de Boyacá*

Mientras el estudio ha logrado un lugar de primerísima importancia en la crianza de los hijos, y los padres han desarrollado un amplio discurso sobre lo que se puede lograr a través de la educación o lo que se puede perder un chico o chica que no estudia, no ocurre lo mismo con el trabajo. Aún estas poblaciones no tienen una pregunta por los efectos negativos que puede generar el trabajo de los menores de edad. En general, prefieren ocuparse en despertar el interés de los niños y adolescentes en el estudio y convencerlos de la conveniencia de mantenerse en el sistema educativo. En otras palabras, sus testimonios no señalan que tengan puesta la mirada sobre las consecuencias del trabajo a temprana edad.

3 Los padres no se mandan solos

El hecho de que las condiciones de vida hayan cambiado tanto deja a los adultos desconcertados ante la crianza. Las mujeres expresan que no encuentran semejanza entre su propia infancia y la de sus hijos. En los relatos de su niñez, no parece que los adultos tuvieran una noción acerca de eso de ser niño, ni un ideal de infancia. Los pequeños eran vistos, más bien, como adultos en potencia; el trabajo y los oficios eran parte de la vida de grandes y chicos.

Según ellas, ahora cuando son madres la mirada sobre los niños ha cambiado. Sus testimonios demuestran que la modernidad – de la que algo se atisba en el área rural – trajo consigo una nueva idea sobre la infancia, en la que las personas son sujetos desde que nacen. Con sus palabras expresan que hoy en día a los niños se les reconoce que tienen voluntad. Que su individualidad cuenta. Su deseo empieza a tener valor. Más aún, tienen derechos. Y entonces el trato hacia ellos empieza a tener límites. Padres y madres observan lo que es y no es apropiado para los niños y las niñas, y se entiende que hay cosas que no les corresponde hacer. Aunque no siempre lo aplican, son conscientes de que debe haber límites en el oficio y también en el castigo.

Las mujeres consideran que ese reconocimiento del niño ha cambiado la relación entre padres e hijos. Ahora el hijo no es solo



alguien que obedece. Es también alguien que opina, que valora y define cosas.

El muchacho le ayudaba a ordeñar al papá, pero porque le gustaba, y en la infancia de nosotras era porque nos tocaba. **Mujer de Antioquia.**

El cambio en la relación entre adultos e hijos hace que los padres, y en especial las madres, tengan menos posibilidades de determinar el camino que llevan sus hijos. Así, aunque ellas tomen la decisión de que sus hijos se dediquen a estudiar, esto se logra siempre y cuando esa sea también la voluntad de ellos.

Mi hijo también, no quiso estudiar y ahí está en el trabajo.
Mujer de Antioquia.

Este cambio en su relación, a partir de los nuevos patrones de crianza y la aparición de los derechos de los niños, genera confusión en los padres y madres, que ya no tienen tanta certeza sobre su rol de autoridad.

Llega la Era de la Información

A los cambios traídos por la modernidad sobre la concepción de infancia se suma la llegada de la Era de la Información y las nuevas tecnologías que, también en estos territorios, transformaron la vida de las personas, y en especial de los jóvenes no adultos.

Las relaciones sociales encuentran nuevas formas a través de pequeños aparatos que ofrecen mantener a las personas en contacto y les permiten compartir no solo sus ideas sino también sus imágenes y hacer parte de una ciudadanía global.

Si bien los adultos también utilizan la tecnología, sienten que es un campo de dominio de los más jóvenes, y que dependen del favor de

sus hijos para acercarlos a este nuevo escenario en el que también los adultos entran a existir de una manera distinta.

Hoy en día, saben más los niños que nosotros los adultos.

Mujer de Antioquia

Así, a la falta de certeza sobre su rol de autoridad, se suma el hecho de que los padres también han dejado de ser el referente a través del cual los niños lo aprenden todo. En el campo de la tecnología, que está presente de manera constante en la vida diaria, son los hijos quienes enseñan a sus padres, y no siempre en actitud pedagógica.



Por otra parte, las dinámicas introducidas por las nuevas tecnologías generan controversias entre padres e hijos. En particular, han traído gran preocupación entre los adultos, pues se despierta su afán por ver a sus hijos en actividades que forjen su responsabilidad, y su angustia de verlos en lo que ellos consideran una “pérdida de tiempo”.

Esta controversia es más compleja, y va más allá del uso que hacen los jóvenes de su tiempo. Y es que si bien la tecnología los hace sujetos de consumo, a su vez les da oportunidades como sujetos de acción y participación social.

La aparición de estos pequeños aparatos aumenta la conmoción de los padres, enfrentados a la crianza de sus hijos en tiempos radicalmente distintos a los suyos. Aunque pequeños, estos aparatos son considerados como un bien indispensable tanto por niños como jóvenes no adultos.

Es en esa ruptura, precisamente, en la que esto encuentra una relación con el trabajo infantil. Los padres, en general, asumen su rol y proveen a sus hijos de los satisfactores básicos que ellos han conocido y pueden cubrir, como alimento, ropa, juguetes, útiles escolares, mas no los pequeños aparatos. Esto hace que los adolescentes busquen conseguir ellos mismos los recursos para proveerse lo que ahora han incorporado como una necesidad básica.

Los padres, como ya tienen en cuenta la voluntad de los hijos, aceptan que los chicos y chicas se provean lo que ellos no les dan o no les pueden dar.

Él tiene que buscar lo que quiere, sino nadie se lo va a dar así fácil.

Chico de Boyacá

De los 14 en adelante, ya él empezó a ver que necesitaba sus cosas propias y no tanto depender de la mamá y el papá. Entonces empezó a rebuscársela de alguna manera. **Chico de Antioquia**

Al verlos grandes, capaces y con necesidades propias, el hecho de trabajar no parece ser un asunto que les inquiete, mientras no sea una labor que ellos consideren peligrosa. A su vez, cuando un chico se esfuerza por conseguir sus propias cosas se entiende que sus padres han hecho un buen papel en su formación y han forjado en él o ella el ejercicio de la responsabilidad. Es, además, señal de que va a salir adelante.

4 La vida no es pa' flojos

Otro aspecto que entra en juego en el trabajo infantil es la percepción que los chicos y las chicas tienen sobre la vida. Ellos recogen la visión que tienen los adultos a su alrededor sobre la experiencia humana, y lo repiten con convicción: “la vida es dura y hay que lucharla”.

Con esta visión épica de lo que es y será su transcurrir por la vida, sienten que mientras más temprano empiecen a prepararse para afrontarla, su desempeño será mejor.

Esta mirada va acompañada de la admiración y el encanto de los jóvenes por vivir la vida como una conquista permanente. Lejos de ser un lamento, es la fascinación por la vida activa, por dominar su espacio y saberlo todo, por ser un “chacho” y nunca un “vago”. Se distancian de príncipes y princesas y sólo los convencen los superhéroes. Se identifican con la figura del guerrero y la guerrera, con su fuerza, su espíritu de lucha y sus grandes capacidades puestas al servicio de su grupo familiar. Les aterra parecer flojos o incapaces, y creen en la fuerza que se adquiere a partir de las dificultades.

Yo considero que evitando uno los golpes tampoco, o sea uno a veces con los golpes aprende mucho más rápido. **Joven de Antioquia.**

Por esta razón, muchos chicos y chicas valoran las labores que realizan en la casa, como lavar la ropa, trapear y cocinar. Aunque a algunos no les gusta hacerlo, coinciden en que esto los prepara para defenderse solos. Ellos mismos aseguran que al hacer oficio adquieren responsabilidad, característica fundamental del ‘guerrero’.

También valoran aprender los oficios de los que sus padres derivan el sustento, pues es un respaldo para la que consideran la difícil misión de ‘salir adelante’.

Es tan arraigado en ellos el concepto de que ‘la vida es dura’ que temen se les haga tarde para comenzar a afrontarla.

Nosotros tenemos que guerriarla desde muy temprano y aprender todas las labores pa' cuando estemos en la mala no suframos tanto.

Chico de Antioquia

Yo pienso que ese lugar de trabajo puede abrirle perspectivas a ese joven para que él tenga la valentía y sepa más o menos cómo enfrentar la vida. **Mujer de Boyacá**

Con esta convicción, el ideal de infancia que se ha universalizado, de chicos dedicados a aprender, a crear y ser felices, encuentra poco eco entre ellos. Ese, más bien, es visto como el ideal del flojo, un estilo de vida que a sus ojos resulta poco prometedor.

Así, la expectativa de ser protegidos y tener oportunidades ha sido vencida por la experiencia de ver a sus padres en una diaria conquista para conseguir el sustento en medio de las adversidades que predominan en la pequeña minería, y en una Colombia rural, donde el Estado no ha consolidado una promesa de bienestar y progreso.

El trabajo, escudo de guerreros

Con la figura del guerrero como ideal para vivir la vida en el contexto en que están creciendo, los jóvenes no adultos no se alarman cuando observan un chico o chica que trabaja. Ser guerrero es no querer ser una carga para sus papás. Es conseguir lo que necesita con sus propios medios. Es diferenciarse del flojo. Es dar un paso más en el ejercicio de la responsabilidad. Es demostrar que es capaz, e inspirar confianza en que va a salir adelante.

Ah, porque él dice que él no se va a quedar como un vago en la casa sin hacer nada, apenas que ir al colegio y nada más, no. Que él va a ir a buscar su plata. **Mujer de Antioquia.**

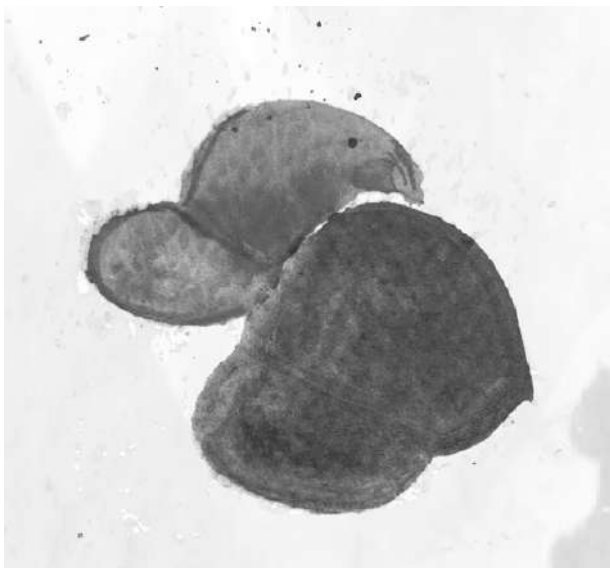
A mí me gusta el trabajo. Uno sabe que no lo van a mantener por siempre. **Chico de Antioquia**

Los chicos, además, perciben que cuando trabajan reciben un trato de mayor respeto y mayor autonomía por parte de sus padres y sus hermanos, que los hace sentir grandes y fuertes; justo todo aquello que anhelan a esa edad.

Y pues los papás no le van a decir nada porque él ya trabaja, porque él ya apoya la casa. **Chica de Antioquia.**

Y es que en estas comunidades hay un vínculo fuerte entre la figura del proveedor –aquel que trae ingresos al hogar- y la del portador de autoridad. Especialmente en Antioquia, esto tiende a presentarse sin importar la edad. Quien entra a ser proveedor o proveedora –ya sea porque aporta recursos, o porque con su autonomía económica reduce gastos al hogar- entra a compartir la autoridad con los padres.

Ante esta situación, las madres perciben que su rol de autoridad se desdibuja casi totalmente.



5 Ser varón, privilegio y desafío

En estas poblaciones mineras, como en las actuales generaciones de jóvenes en el país, se presentan algunos acercamientos en los roles de Género. Las mujeres se proyectan en la vida laboral, y los varones han hecho su incursión en la distribución de los oficios de la casa. Sin embargo, esto no ha transformado aún sus estereotipos de manera radical. En los testimonios recogidos, el varón sigue ocupando la figura del proveedor principal, y la mujer la de la guardiana en el hogar.

Con la idea de que la vida es dura, el rol del proveedor es un gran desafío, y trae una fuerte presión sobre los varones. Por esto, sobre ellos recae de manera más contundente el afán por comenzar a luchar temprano. Esto se refleja en que tanto adultos como jóvenes se refieren más a los varones cuando hablan de quienes dejan el estudio para irse a trabajar. Contrario a la época que vivieron sus padres, ahora se refieren a las mujeres como quienes permanecen en el estudio, excepto cuando han conformado hogar o quedado en embarazo.

Las mujeres hacen más oficio en la casa, pero es que nosotros trabajamos. **Chico de Boyacá**

La niña, ella sí estudia apenas. No hace más nada, solamente estudia. **Mujer de Antioquia.**

Con expresiones como esta, reiteradas en sus testimonios, chicos y grandes expresan su confianza en que las mujeres jóvenes tienden a concluir sus estudios. Al mismo tiempo, su énfasis en que ellas “solamente” estudian es una manera de hacer invisible la dedicación de las chicas al oficio del hogar.

Me levanto a las 5:30 lavo los platos, trapeo y organizo la cama. Después me vengo para clase. Cuando salgo, si mi mamá no está en la casa me toca hacer el almuerzo. Cuando estoy toda la mañana en la casa trapeo, organizo, limpio los muebles y hago almuerzo y desayuno. Los fines de semana también se echa la mano con el oficio en la casa de los vecinos o de otro familiar, de caridad. **Chica de Antioquia.**

Su dedicación al hogar en las horas fuera del estudio les deja tan poco tiempo libre que los padres tienen menos razones para temer por el ocio de sus hijas. Así, a ellas las presionan menos para llegar a la tercera etapa de la ecuación estudio-oficio-trabajo.

Mientras tanto, los varones jóvenes reciben otras presiones, además de la de los adultos por ocupar su tiempo en “algo productivo” y de prepararse para ser el proveedor de un hogar: en ellos recae la iniciativa de formar familia. Y tanto en Antioquia como en Boyacá, los chicos y chicas manifestaron su intención de formar familia pronto. El correlato en las niñas y mujeres jóvenes es equivalente: prefieren por novio un chico que trabaje, pues no quieren un flojo.

Complementan esta aspiración con la idea de que sea un varón capaz, ‘echado pa’ lante’ y trabajador, que las pueda llevar a ellas y sus futuros hijos a vivir en buenas condiciones.



Sí, que trabaje, que no sea un desocupado, porque la gente de papi y mami no hace nada. Luego se casa y lo mantiene la mujer. **Chica de Boyacá**

Como se puede ver, esta expectativa de futuro no está puesta en el estudio, sino en la experiencia en el trabajo. Si bien reconocen que estudiar es importante, ni ellos ni ellas están convencidos de que el estudio *per se* los va a llevar lejos. Con esa concepción de que la vida es difícil y con las pocas oportunidades de empleo que observan en su territorio, tienden a pensar que le va a ir mejor en el futuro a aquel que, además de estudiar, sepa trabajar.

6 El futuro es el presente

La percepción de que el futuro está en manos de quien sabe trabajar tiene un arraigo particular entre las comunidades que habitan el campo. Y es que, para aquellos que crecen en él, éste suele hacer parte de su identidad personal.



Las familias que obtienen el sustento a partir de su relación con la naturaleza - ya sea en la agricultura o en la minería- consideran que es su relación con ella la que permite el aprendizaje que garantiza sus medios de vida. Una relación que no se construye en un aula de clase, sino allí mismo, palpando, observando, interactuando.

Por eso, los mayores quieren que sus hijos se integren a estas actividades, a las cuales les asignan, además, la sabiduría de los ancestros. En sus testimonios aparece la visión de que nadie conoce los secretos de la naturaleza como aquel que ha crecido en ella. Esperan también que ese conocimiento acumulado por las familias se transfiera de generación en generación para asegurar el sustento de los que vienen.

Como nacimos en el campo y crecimos en el campo, yo les he inculcado que así como estudien, que no olviden el campo, que lo sigan trabajando.
Mujer de Boyacá.

Mi abuelo sí me sacaba con él a sembrar yuca y todo, porque él me dice que no siempre vamos a mantenerlo al lado. **Chico del Bajo Cauca.**

La llegada de la modernidad y las nuevas tecnologías dan motivos a los adultos para temer que en un futuro estos medios de vida sean abandonados y sus descendientes no logren recoger las hortalizas, los cereales o los frutales del campo, o sacar el oro o el carbón de la tierra. Basados en su convicción de que el campo sin niños no tiene futuro, buscan garantizar la continuidad de sus saberes.

Las mujeres y chicos de familias mineras en zonas de explotación de oro relatan que cuando los jóvenes no adultos manifiestan su interés de ir a la mina, e incluso de retirarse del estudio, sus padres reaccionan distinto a sus madres. Su interés de transmitir el oficio del minero, sumado al temor al ocio y el aprecio por compartir el papel de proveedor del hogar los lleva a responder, como han acuñado:

‘Vamos, camine, yo frenteo, usted catanguea’, así dicen por aquí¹.
Mujer de Antioquia.

¿Qué quiero ser cuando grande?

Al proyectar cómo será su vida a los 18 años, los adolescentes consultados tanto en Antioquia como en Boyacá coinciden en que a esa edad se van a dedicar a trabajar. Aunque están a dos o tres años de terminar su secundaria, y mencionan su intención de realizar algún estudio superior, tienen muy poca claridad sobre esto. Incluso, muchos de ellos no tienen una respuesta a la pregunta sobre el campo de acción de su interés y parafrasean... “¿Que qué quiero ser cuando grande?”.

1 En la explotación artesanal de oro, “frentear” es picar la piedra en el socavón. “Catanguear” es llevar la carga de piedras de oro a la espalda.

Sus respuestas indican que el futuro próximo es incierto para ellos, pero se aferran a la certeza de trabajar, a lo que dan la mayor relevancia. Basados en las historias de su familia y su entorno, tanto adultos como chicos consideran que lo más probable es que ellos vayan a trabajar, y eventualmente pagarse sus estudios.

Ya sea en la minería o no, la mayoría de los chicos y chicas proyectan su vida en trabajos que no requieren mayor cualificación. Esto va de la mano de su idea de futuro, centrada en la necesidad de generar los recursos para sostener a su familia. Una proyección que hace referencia al dinero, mas no a una idea de prosperidad y progreso. En su visión de futuro no es muy común que perciban oportunidades de alcanzar estados de bienestar que superen las condiciones de precariedad de sus municipios y veredas. Por el contrario, su discurso sobre las expectativas se queda arraigado en su reiterado “salir adelante”, que se refiere, principalmente, a la capacidad de llevar el sustento a la casa.

Las poblaciones mineras, además, reflejan una concepción particular del valor del presente como insumo para el futuro. El ideal de muchas sociedades de estudiar y prepararse para acceder en la vida adulta a la fuente del progreso, no es lo que prima aquí. Más bien, los adultos se enfocan en transmitir a sus hijos que la actitud de trabajar no es innata. Que es preciso despertarla y desarrollarla; que para llegar a ser un buen trabajador se debe adquirir actitud, disciplina y ritmo de trabajo. Todas estas, cualidades que, consideran, se aprenden en el trabajo mismo.

Siempre me han inculcado el trabajo, y me ha gustado trabajar. **Chico de Antioquia**

Él desde muy pequeñito se iba con los obreros a trabajar, él ha sido muy para el trabajo... muy juicioso. **Mujer Boyacá**

La concepción de futuro de las poblaciones mineras también se hace particular a raíz de su modelo económico, que las diferencia de

la tradición campesina. Mientras el modelo de pensamiento campesino se basa en que hay que sembrar para cosechar, la concepción en la minería está marcada, más bien, por una combinación de trabajo y suerte, en particular en las zonas de explotación de oro.

Y es que allí, como en ningún otro territorio, una buena cantidad de dinero puede estar al alcance de la mano, incluso para los jóvenes no adultos. Para quienes viven en zonas donde la tierra está mezclada con oro, ir a la mina o a la quebrada puede ser el acceso directo a un mineral que se vende a buen precio. Los adultos llevan en su historia anécdotas de vecinos o familiares que tuvieron grandes golpes de suerte.

Esto lleva a algunos a desestimar el papel que juega el presente en la construcción de futuro. Para aquellos jóvenes no adultos que proyectan su vida a partir de la riqueza que hay bajo sus pies, el futuro se equipara al presente. Entonces... ¿para qué esperar? ¿para qué estudiar?



7 El trabajo no es como lo pintan

Esa noción de que a trabajar se aprende en el trabajo los lleva a enfocarse en aquellas actividades que pueden despertar dicha actitud hacia el trabajo. Esa es la razón por la cual tantos los adultos como los adolescentes dan tan alto valor formativo a los oficios del hogar y al tiempo dedicado a ayudar a sus padres en la labor de la cual derivan el sustento: estos afianzan la responsabilidad y les enseñan a defenderse en la vida.

Aunque a muchos no les gusta, llama la atención la gran cantidad de chicos y chicas que manifiestan que sí les gusta hacer los oficios de la casa. Cocinar y lavar aparecen con frecuencia como actividades divertidas, que disfrutan, e incluso que hacen parte de la rutina de un joven con una vida ideal.

A mí me encanta cocinar. *Chica del Bajo Cauca*

Al preguntarles su percepción sobre el hecho de trabajar a su edad, se hace claro que, para ellos, el trabajo no es como lo pintan. No consideran que estén trabajando cuando hacen oficio, así sea en largas jornadas; tampoco cuando ayudan a sus padres en su trabajo, ni cuando ayudan a un familiar o un vecino con el fin de aprender un oficio. Para ellos y ellas, y también para los adultos, solo se considera que un chico trabaja cuando recibe dinero a cambio.

Por otra parte, los jóvenes no adultos, en particular aquellos que no han trabajado, tienen la idea de que trabajar es divertido. Trabajar es hacerse grandes, como siempre lo han deseado. Es pasar de las tareas de la escuela a las emociones de la vida real. Es tomar decisiones, entrar en el mundo de los adultos y ganar plata. Sueñan también con el trabajo como la posibilidad de ayudar a su familia y comprar lo que desean. No deja de ser particular que esta idea contrasta con la de chicos que han vivido la experiencia de trabajar. Para estos, el trabajo no es una actividad divertida.

Al valorar el trabajo a temprana edad, varias cosas entran en consideración en la mentalidad de los jóvenes no adultos. Si bien es cierto que le dan relevancia a la oportunidad de realizar las acciones propias de cada edad, como el juego en la infancia, y el autodescubrimiento y desarrollo de su personalidad en la juventud temprana, no ven el trabajo como el mayor obstáculo. Muchas veces, los límites impuestos por sus padres y el trato represivo son una limitación mayor. El trabajo, por el contrario, tiende a ser visto como un aporte a su desarrollo.

Empezar a trabajar desde una edad muy temprana puede afectar el desarrollo de ese niño, porque es necesario que pase por jugar con los niños. Pero también sería bueno porque ya tomaría conciencia en la vida, o sea qué quiere. **Chica de Antioquia.**

Algo semejante ocurre en la valoración que los adultos hacen del trabajo a temprana edad. Como se había señalado, para los padres, el trabajo de los menores de edad *per se* no es algo indeseable. Puede ser una realidad que implica cosas beneficiosas o perjudiciales, pero no intrínsecamente negativa. Lo que ven como algo realmente indeseable es que los chicos o chicas se dediquen al ocio y no se preparen bien para salir adelante en la vida. Eso sí es inaceptable.

Para los adultos, ciertos trabajos pueden traer riesgos a los menores de edad. Las mujeres consideran la minería una actividad peligrosa, tanto para los hombres como para los niños y adolescentes. El trabajo en construcción también les parece peligroso para los menores de edad.

Pero hay otros riesgos que enfrentan los jóvenes, que los adultos llegan a considerar aún más peligrosos que los del trabajo, como la adicción a las drogas y la vinculación a grupos armados o delincuenciales. Ante estos riesgos, no pocas veces inminentes en estos contextos, enviar al hijo a trabajar puede ser una manera de protegerlo.

Es que mientras no van al colegio, se quedan de pronto por ahí en la esquina a ver qué pueden coger o qué pueden hacer, entonces es mejor que trabajen. **Mujer de Antioquia.**

A sus ojos, frente al temor de criar un hijo irresponsable y vago, que tome un camino desviado de lo correcto, el trabajo infantil resulta ser un mal menor. Y puesto que en su escala de valores lo verdaderamente significativo es el estudio, el trabajo realizado en su tiempo libre no es visto como una situación anormal.

Eso sí, las mujeres piensan que el trabajo de los menores de edad debe tener límites. Que no sea muy pesado, que no tenga riesgos para su salud, que no sea un horario muy extenso, que no los exploten económicamente y que les permita estudiar.

Finalmente, las mujeres cuestionan el trabajo de los niños en la minería porque este oficio –al que se dedican sus padres– no es lo suficientemente rentable en la actualidad. Para ellas, sus hijos deberían dedicarse a otros oficios que les permitan tener una vida más holgada.



2.

Protagonistas

2.1 No estamos pa' Cenicientas.
Carolina

2.2 Al pasar el umbral.
Fabián

2.3 Calle arriba, calle abajo.
Rebeca

2.4 El campo soy yo.
Diego

2.5 No es el mismo bosque.
Silverio



Los relatos que se presentan a continuación describen cinco personajes que hemos creado a partir de las visiones compartidas por las mujeres y los chicos de estas regiones donde se realizó el Estudio de percepción.

Ninguno de los protagonistas de estos relatos es real, ni pretende reflejar un estereotipo de la gente de su región. Hemos creado esta serie de Los protagonistas como un complemento al informe de hallazgos de la investigación, para compartir con el lector de manera subjetiva algunos aspectos que han impactado la mirada del investigador. Esta es otra manera de presentar algunas narraciones de los participantes de los grupos focales, que nos permite incluir la descripción de su entorno, de su estilo, sus anécdotas, sus sentires y los nuestros; sus miradas y las nuestras, las de los observadores.

Carolina



“No estamos pa’ Cenicientas”

Carolina llega al ensayo con afán. En un rincón se quita los zapatos y el jean, se pone los *legins* y se dispone a entrar al círculo. El calentamiento está a punto de comenzar.

Lizeth y Catherine se acercan con algarabía: “¿ la compraste? muestra, muestra!”. Caro ensancha sus ojos y se lleva las manos a la cara con una sonrisa que atraviesa su rostro. Suelta su ropa y como en cámara lenta saca la *tablet* del morral. Miguel y Julián dan un salto... no lo pueden creer... Carolina está radiante... por fin se compró la *tablet* que tanto quería! La que todos quieren tener...

Con la emoción que trae, hoy se estira como nunca. Sus brazos y sus piernas parecen de goma. Nunca había conseguido algo tan valioso para ella. ¡Y

con la plata que ella misma consiguió! Ahora sabe cómo se siente lograr algo con su propio mérito: como si tuviera un sol en el estómago.

Sus amigos, con emoción y un tanto de envidia, se fijan en el aparato, qué marca es, qué capacidad tiene, cuántos puertos trae. Y aunque Caro disfruta de todo esto, su felicidad mayor es haberla conseguido con sus propios medios... sin que su papá y su mamá se endeudaran. Mientras estira, Caro imagina la cara de orgullo de sus tías cuando su mamá les cuente, y respira sonriente. Siempre le han reconocido que es una sobrina "echada pa' lante".

El estiramiento le cae perfecto para relajarse después del corre-corre del día: cole de 7 a 1 (normalmente es hasta las 2, pero hoy inventó una excusa para salir antes y comprar la *tablet*); trabajo en el almacén de 2 a 6, y ahora ensayo de teatro desde las 6:15. Más tarde llegará a su casa a ponerse al día con las tareas. Y eso que este año, Noveno, no ha sido tan pesado como el anterior.

Sacarle jugo a la infancia

Caro ha tenido una historia común y corriente. Mientras fue niña chiquita, más o menos hasta los 3 años, fue una consentida. Cada vez que el circo venía al pueblo, sus padres le ponían el vestido rojo, la llevaban de la mano, le compraban la bomba y le tomaban la foto con los payasos.

A los 4 ya la despertaban temprano. Tendía su cama antes de irse al jardín, y aunque no lo hacía muy bien, su mamá se sentía satisfecha pues la niña iba aprendiendo responsabilidad. Como casi todas las mamás, la suya ha tenido entre ceja y ceja forjar la responsabilidad en sus hijos, para que sean seres útiles y les vaya bien en la vida. Tan pronto como lo consideró apropiado la puso a hacer mandados, para que siguiera desarrollando su espíritu de trabajo y colaboración. Ya Caro había cumplido los 6.

En el camino solía encontrarse con sus amigos y amigas, que a su vez estaban haciendo los mandados de su casa. Caro aprendía con tranquilidad a hacer los oficios y los mandados del hogar. Se sentía bien de ayudar a sus papás, que trabajaban duro para conseguir lo necesario. Y en el fondo de su corazón les agradecía que la trataran como una niña grande... y es que a quién no le gusta que lo traten como grande...

Los niños quieren ser grandes

Los jóvenes refieren que en cada etapa de la infancia y la adolescencia tenían gran curiosidad e interés por llegar a la siguiente etapa. Sentirse grandes es un deseo que acompaña cada momento de la vida. Anhelan ser tratados como grandes, tener independencia y tomar decisiones. Mucho más, recibir ingresos. El anhelo de dedicar la infancia y la juventud a jugar y aprender parece ser más propio de grandes que de chicos.

Sus papás confiaban en ella y le entregaban responsabilidades que sus hermanos pequeños no podían asumir. Solo a ella la incluían en cosas de la casa, como barrer, preparar arroz y pelar las papas y la yuca para el sancocho que su mamá preparaba día por medio. Esa confianza que se ganaba de sus papás le daba también un aire de autoridad frente a sus hermanos, que ella disfrutaba.

A medida que Caro crecía, para sus padres era cada vez más un alivio contar con su ayuda en la casa, pues el trabajo era pesado y atender la casa y a los niños también. Pero también pensaban en Caro y se enorgullecían de lo que aprendía en el hogar. En lo único que no le iba muy bien era en las notas del colegio, pero a la larga eso no era tan importante. Ella era una jovencita juiciosa, con que pasara el año estaba bien. Lo importante es que la niña aprendía a defenderse bien en la vida.

A su vez, Caro apreciaba que sus padres le inculcaran la responsabilidad y la actitud hacia el trabajo. Ella sentía que nada le quedaba grande. Cuando se hizo adolescente, esa era su fortaleza en la vida. En resumidas cuentas, ella sí que le había sacado jugo a la infancia.

A conseguir lo que se propone

En el salón termina el calentamiento y el ensayo de la obra va a comenzar. Caro se arregla su pelo para parecerse a *Valentina*, su personaje. Otros que ha interpretado antes le han gustado más. Este le parece un poco tonto... es una niña de esas que se leen en los cuentos de hadas... una niña mimada, rodeada de jardines, de juegos y amigos, que no hace nada, y entonces no sabe de nada de la vida, solo vive llenándose de ilusiones. Una niña de esas como de ciudad, que aún no se ha dado cuenta que la vida no es fácil, y que hay que prepararse para vivirla.

Caro interpreta el libreto poniendo todo de sí. Saca su mejor cara de niña buena mientras se mece en el columpio, donde espera a algún príncipe que juegue al beso robado. Caro no puede evitar el sentimiento de contradicción. Le produce cierto malestar que su *Valentina* no se mueva a buscar lo que quiere en la vida. "Como si las cosas le llegaran a uno así no más", piensa.

Ese mismo pensamiento la acompañó cuando a sus 14 años empezó a pensar en trabajar. No solo se sentía ya lista para ello. Además, se moría de curiosidad de saber qué era aquello de trabajar. ...parecía tan emocionante... trabajar era ya ser grande, por fin. Tener un oficio. Y recibir plata propia! eso sí la llenaba de ilusión. ¿Qué había que esperar?

Sabía que sus padres no se iban a oponer. Si ella trabajaba, seguramente alguna cosa traería a la casa. En realidad, no le importaba mucho qué pensarán sus padres. En los últimos años ellos se habían vuelto “una mamera”. Estar en la casa era jarto. Sus hermanitos eran un fastidio, y sus papás no paraban de alegar y echar cantaleta. Además, sus papás solo podían darle lo que ellos consideraban sus necesidades: la casa, la comida, el estudio y de vez en cuando algo de ropa. Pero ellos no veían que una joven de hoy en día tiene otras necesidades: esos tenis de raya negra, un celular medianamente bonito, mucho menos una *tablet*.

Por todo eso, trabajar se volvió su mayor deseo. Además, pensaba... “¿para qué prepararse para el futuro, si podía empezar a vivirlo ya?”.

Al terminar el ensayo, todos quieren ver la *tablet*. Caro la saca de nuevo con el máximo sigilo. Como en una cascada de ideas, Catherine, Miguel, Lizeth, Julián, Juanca, todos hablan a la vez. “¿Qué nombre le vas a poner?”. “No sé... digan”. Hacen planes para ir juntos a conectarse a internet en el fin de semana.

En el camino a casa piensa qué dirán sus papás de la *tablet*. Quizás dirán que está desperdiciando la plata. Que ahora quién la va a despegar de esa cosa. Le recordarán que no puede descuidar el estudio ni el oficio de la casa. Seguramente les va a parecer una cosa inútil. Así es la vida.

Al entrar a la casa saluda a sus hermanitos y busca a su mamá en el patio, donde está lavando. Intercambian saludos y Caro no resiste más. Le cuenta que se ha comprado algo muy especial y, con el mismo sigilo de antes, va sacando la *tablet*. La mamá la mira con ligero asombro... “¿eso no es muy caro, mija?”. “Pues... sí”. Le pregunta para qué le sirve y le recita, como si tuviera un guion, las mismas frases que Caro había imaginado.

Caro se sirve el sancocho y se sienta a comer. De pronto, su mamá se sienta a la mesa. Caro se pone nerviosa... con qué irá a salir... su mamá vacila. Se nota que quiere decir algo y no sabe cómo comenzar. De repente dice aquello que Caro siempre había deseado escuchar: “Usted es una luchadora, mija, y siempre va a conseguir lo que se propone”.

Hay que enseñar la actitud para el trabajo

Para los adultos, su rol de padres se mide según sus logros en la enseñanza de la responsabilidad y la actitud hacia el trabajo.

Se considera que el espíritu de colaboración y de trabajo es algo que la persona aprende y que debe desarrollarse desde la infancia. De lo contrario, se corre el riesgo de criar una persona floja, que no va a salir adelante en la vida. Ese es uno de los mayores temores de los adultos y una ineludible señal de éxito o fracaso en la crianza.

Fabián



Al pasar el umbral

Esa tarde lluviosa, a la salida del “cole”, Fabián mira hacia atrás. El peso del morral a la espalda y los zapatos mojados le incomodan. Al voltear puede ver a Johan y Gilberto hacerle señas con el balón de fútbol. “Qué va!” les dice y sigue su camino con ese pasito ondulante tan suyo, tan lleno de “aquí voy yo”.

Desde que comenzó a trabajar en el taller de mecánica, dos meses después de cumplir los 14, él siente que ya está para cosas más grandes. Que en su vida se han abierto nuevas oportunidades, y por eso se mueve con desaire.

Al pasar el umbral del taller y atravesar el pequeño local, Fabián piensa que le agrada ese lugar tal como es, así de sucio y ruidoso. Se siente cómodo allí. Aunque es el más joven de todos, ellos reconocen su habilidad para armar y desarmar los motores. Su tío fue un buen maestro.

Fabián recuerda las tardes enteras que pasaba en el pequeño garaje de su tío en las vacaciones. Cada vez que tenía un motor para arreglar, él esperaba a que Fabián llegara y le explicaba con lujo de detalles cada paso del proceso. “¡Primero el diagnóstico!”, decía con su voz ronca y su acento paisa... aún le parece escucharlo. Y cada vez, sin falta, le repetía: “Aprenda esto mijo, pa’ que pueda defenderse en la vida”. Aunque no le apasionaba, el niño lo escuchaba con atención.

Su tío se empeñó en sacar a Fabián adelante luego de que su papá se fue de la casa... “el típico papá de por aquí”, piensa él ya sentado en el butaco del taller, mientras observa el primer motor de la tarde. Es uno de esos motores que usan en las minas para jalar el coche. “Bujías... válvulas... conductos...” balbucea mientras lo observa, y de pronto las comisuras de sus labios se extienden cuando por su mente pasan sus compañeros de colegio... Fabián respira profundo, y el aire baja hacia sus pulmones, henchidos de satisfacción... tantas cosas interesantes que él ha aprendido, y de lo que ellos se han perdido, solo pensando en jugar.

“Tanto que te he luchado, mijo”

Si alguien le preguntara en este momento, Fabián diría con pleno brillo en sus ojos que aquí en el taller sí aprende cosas útiles para la vida. De repente sacude su cabeza con un leve temblor: “Ni de bamba”, piensa ante esa idea que alcanzó a pasar por su mente. Sabe cuánto le reprocharía su madre si llegara a dejar el cole. Sólo una vez lo mencionó en la casa y su madre palideció. Con la voz entrecortada le dijo: “... tanto tiempo que te he luchado, mijo, y vas a dejar de estudiar...?”.

Su madre, una mujer blanca y delgada, de baja estatura, de pobladas cejas y profundas ojeras; sus brazos fuertes, moldeados a punta de trabajo. A sus ocho años pilaba arroz, recogía leña y lavaba la ropa de su casa. Cuando le quedaba tiempo, le gustaba ir a la quebrada a mojar sus pies y jugar con las piedras. Le parecía que cada una de ellas era un submarino y armaba historias entre ellos. Amelia sabía que debía regresar a la casa antes de que llegaran los niños de estudiar. A ella y su hermana de 10 años,

Hay que “defenderse” en la vida

Los adultos les transmiten a los chicos y jóvenes que la vida que les espera es dura, y que hay que prepararse. En el entorno minero, prepararse no es solamente estudiar. Es, también, adquirir experiencia en el trabajo.

Por eso, para muchos chicos, aprovechar la juventud es dedicarla a aprender un oficio del que más adelante puedan recibir el sustento.

sus padres les decían que cuando hubiera dinero ellas también irían a la escuela.

Desde pequeña, Amelia entendía la importancia de aprender los trabajos del campo, que sus padres le inculcaban. Pero dudaba que estudiar no fuera importante, como oía decir. Y si no lo era, por qué entonces sus hermanos varones sí lo hacían?

Con esa duda creció hasta que con su propio dinero entró a estudiar, cuando ya tenía sus dos primeros hijos, Fabián entre ellos. Trabajaba entre semana y estudiaba los sábados. Así sacó la primaria, y hasta ahí llegó. Cuando su esposo se fue las cosas se pusieron más duras y no pudo continuar. Pero se prometió que, como fuera, le iba a dar el estudio a sus hijos.

La educación, casi un asunto de mujeres

El poco acceso que tuvieron las madres rurales de hoy a la educación, por haber crecido en una época en que se privilegiaba el estudio de los varones, ha hecho que sean ellas unas grandes defensoras de la educación de sus hijos.

No siempre ocurre lo mismo con los padres. En especial en zonas de minería de oro, los padres confían menos en que la educación lleve a sus familias a un mejor futuro, y valoran la posibilidad de contar con un aporte adicional a la economía del hogar en el presente.

Por eso, Fabián sabía que no podía defraudarla. Ella vivía muy orgullosa de él: un chico juicioso, trabajador, a veces un poco alzado, pero en general un buen hijo y un buen hermano. Alguna vez alguien le reprochó a su mamá porque había dejado que Fabián entrara a trabajar siendo menor de edad, y ella lo defendió... "si él ya está grandecito... no lo ve... además, cuál es el problema, si él está estudiando", y volteó a mirar a Fabián: "Eso sí mijo, cualquier cosa, menos dejar de estudiar".

Las palabras de su madre lo animaban mas algo faltaba allí... Aunque pocas veces añoraba tener papá, Fabián pensaba que seguramente él valoraría más que estuviera trabajando. Al fin y al cabo, su papá había hecho la primaria de chiquito, y no se armaba tanto rollo con esto de que "la educación es todo lo que yo le puedo dejar, mijo". Quizás su papá hubiera sido como el de Armando. "Tan de buenas el Armando...", se dice en silencio. Solo una casa los se-

para y a él sí lo tratan como a un joven hecho y derecho. El día que quiso dejar de estudiar le dijo al papá que ya no iba a volver al cole. El papá se le quedó mirando un momento, organizó sus ideas, y de pronto sacó su "bueno mijo, alístese entonces y nos vamos pa' la mina. Yo frenteo, usted catanguea". Y ahí está. Trabaja de día y en las noches ya se toma sus cervecitas, ya invita a salir, que vamos de paseo el fin de semana... "En cambio yo, que tengo que estudiar..." vuelve a hablar en silencio, y por su cabeza pasa el cansancio que

siente en las noches, cuando llega a su casa y se acuesta en deuda con los trabajos del cole, qué jartera, y encima la madrugada... Lo bueno es que, como trabaja y de vez en cuando lleva algo de plata a la casa, no lo ponen a hacer oficio como a sus hermanos.

La vida de Fabián es muy distinta a la de sus hermanos y la mayoría de sus amigos. Ellos lo admiran porque saben que al que le toca más duro aprende más rápido y va a llegar lejos en la vida. Fabián se levanta a probar el motor, que arranca sin problema. Otra vez confirma que es un duro.

Cuando se acerca al mostrador por el siguiente motor observa a los otros mecánicos. Llevan muchos años en este trabajo y se las saben todas. Su estilo rudo no es para nada gratuito. En verdad, son unos verracos, piensa, y se siente afortunado porque allí aprende a guerrear la vida. En cambio sus amigos siguen allá, creyendo que la vida es hacer tareas de matemáticas y patear un balón. Uno entiende que las niñas se queden estudiando, pero ellos, acaso no les importa que su vieja se quiebre la espalda pa' levantar la plata? Como si no se dieran cuenta de que ya están grandecitos pa' que aún los mantengan. Como si la vida fuera a ser juego toda la vida.

Yo sí quiero llegar lejos -piensa Fabián- *y al que madruga Dios le ayuda*. ... Qué tal yo quedarme por ahí esperando, y que pasen los años y llegar a los 18 siendo un flojo, sin haber hecho nada... no, esa no es conmigo. Uno pa' llegar alto tiene que hacer sacrificios. Aquí no vamos en carroza. Así como he llegado hasta aquí, así voy a seguir y cuando menos piensen voy a montar mi propio taller.

Lo voy a decorar bien bacano. Lo que soy yo, comienzo desde ahora a hacer mi vida, a tener mis propias cosas, de mí no van a decir que soy un mantenido.

Rebeca

**Calle arriba, calle abajo**

Es temprano en la mañana en las afueras de la mina. Las mujeres se organizan bajo sus toldos para comenzar la jornada. Un martillo, un balde, un butaco, el costal y la batea son sus elementos de trabajo.

Como siempre, Rebeca ha madrugado. Rodeada de los bultos de piedra que recogió el día anterior, se dispone a comenzar. Pone las piedras seleccionadas en su costal rosado y con movimientos rítmicos las bambolea hacia dentro y hacia fuera del agua una y otra vez, una y otra vez, durante 30 minutos.

Mientras sus manos mecen el costal, su mirada se desvía hacia los estudiantes que pasan por allí para ir a la escuela. Rebeca observa sus zapatos y sus pantalones aún limpios... saber cómo regresan por la tarde... le parece ver en ellos a su hijo Yackson...

Recuerda las carreras en la mañana, cuando ella lo peinaba con gomina mientras él comía el pan con huevo para irse a estudiar... aunque regresara

despeinado y lleno de barro, era una gran satisfacción verlo crecer y soñar con que iba a llegar lejos, con que iba a sacar la familia adelante.

El día que Yackson se quedó en la cama y dijo que no volvería a estudiar fue uno de los más tristes en la vida de Rebeca. Ni siquiera tuvo alientos para trabajar. Ese día llegó a la mina, se sentó en el butaco y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas hasta que era la hora de volver a casa y encontrar a Yackson allí viendo televisión. Mil cosas pensó ese día... qué podía decirle que lo sacudiera y lo hiciera recapacitar para seguir estudiando... en su confusión, maldecía el colegio, a sus amigos, al papá, el internet...

Y es que el Yackson, a sus 14 años, como los jóvenes de ahora, se creía muy berrquito. Ya Rebeca no hallaba qué más decirle para entusiasmarlo a estudiar. Obligarlo finalmente tampoco funcionó; el día que él lo decidió, simplemente se quedó.

Al llegar la tarde ese día, hace ya dos años, Rebeca salió para la casa con los ojos hinchados. Sobre ella pesaban la impotencia y el fracaso. Ese día se había frustrado su sueño de tener un hijo profesional. Yackson era su hijo menor y Rebeca se había propuesto hacer lo que fuera para darle estudio. Ya que no había podido hacerlo con los mayores, al menos con este sí. Lo que no esperaba es que se fuera a retirar.

Durante varias semanas, Yackson pasaba los días montando bicicleta, viendo televisión y andando con sus amigos. Rebeca y Miguel, el papá, se enfurecían de verlo perder el tiempo. Pronto, Miguel le dio un rotundo "No Más". Le dijo, yo ya le he dado estudio y usted no quiso, así que vaya, mire cómo es de duro trabajar. Y así no más se lo llevó a la mina. Yo estuve de acuerdo, recuerda Rebeca... porque eso de verlo calle arriba calle abajo, eso sí que no. Si no quiere estudiar, pues que vaya pa' que vea que en la vida todo no es tan fácil.

Ahora han pasado dos años de eso. Yackson comenzó trabajando en una mina, luego se pasó a mototaxista y hasta trabajó en la agropecuaria. Ahora va a cumplir 16 y, bueno, no será estudiado, pero al menos no hemos criado un vago, piensa Rebeca mientras vacía el agua en que mecía las piedras.

Al mediodía, las mujeres sacan la coca que han traído con el almuerzo, y se sientan sobre los bultos de piedra a comer y a conversar. Es la rutina de las charreras. Hablando de los hijos, Magda comenta que su hija Francia va a comenzar a trabajar los fines de semana. Francia tiene 14 años, la misma edad en que Yackson empezó a trabajar. Rebeca escucha con atención. Oye que Francia va a seguir estudiando, y mientras estudie, qué problema hay con que trabaje? Todas coinciden en ello. Rebeca también. Y pasan a hablar de la cosecha de berenjenas.

Diego



El campo soy yo

Al caer la noche, Diego se asoma a la ventana de su habitación. Sus codos apoyados en el descascarado marco de madera. Sobre sus manos reposan sus abultadas mejillas moradas y su mirada de diez años recién cumplidos.

Afuera, la quietud de las montañas de cuadros amarillo maíz, verde pistacho, ocre aurora y marrón tierra. Su tierra. Por el camino que viene de allí, camina su padre. Se acerca la hora de la cena.

El viejo Julio se sentó a la mesa tras limpiarse las huellas de carbón que lo cubrían. Aún no salía del estado de mutismo que envuelve a los mineros tras largas horas de silencio en la oscuridad del socavón.

Tras diez cucharadas de caldo empezó a recobrar el habla. Luego, casi no paró. Ese día, Diego lo escuchó hablar del futuro, un tiempo que pocas veces

conjugan sus padres, usualmente ocupados de resolver el presente y de mantener el legado de sus ancestros. Las palabras del viejo Julio calaron su frente... “Algún día habremos sacado todo el mineral... ese día valoraremos los alimentos que nos da la tierra”. Diego sintió que su pecho se compactaba como un turrón.

Desde el fondo de su mente retumbaron las palabras de su abuelo: “Mijo, la siembra y la cosecha tiene sus misterios. Y yo no le voy a durar toda la vida para contárselos”. Diego se enderezó en su asiento. Puso las muñecas sobre la mesa y le aseguró a su papá que este sábado se levantaría temprano para la jornada en el sembrado.

Era plena época de cosecha y la papa había crecido como nunca. Aunque pequeño, a Julio le caía más que bien ese par de manos desde temprano. De nuevo junto a la ventana de su habitación, Diego se quita la ruana que le regaló el abuelo y se va a dormir.

Al día siguiente se alista para ir a estudiar. Empaca su trompo y sus cuadernos, amarra sus zapatos, se despide de su madre y sale loma arriba por el sendero. Va con la ilusión de entrenar para el torneo mixto de trompo que se aproxima.

Al llegar a la escuela se escucha la algarabía de sus amigos en la cancha cubierta con teja de zinc. Entre ellos ve a Angélica, la niña de sus ojos, la de Cuarto, la que le parece ver en cada esquina, en cada patio y en cada tejado. Gabriel, Farley y Pedro Juan ya enrollan y desenrollan la pita alrededor del trompo. Las niñas miran desde el corredor.

Los de Sexto son unos tesos y ellos, de Cuarto y Quinto, los quieren derrotar. Las niñas se ríen... “así no vamos a ganar ni la medalla de lata”.

Programan verse para entrenar el sábado en la cancha de fútbol. “¡¿El sábado?!” -clama Farley- el sábado por la tarde tengo que estar en la tienda!”. En el van y viene entre “a esa hora hago oficio”, “estoy dormido”, “entro las ovejas”, “a esa hora no me dejan salir”... por fin se ponen de acuerdo en el sábado en la mañana. “¡¿sábado en la mañana?!” -grita Diego- Noooo... los sábados por la mañana vamos al sembrado!”. Las niñas asienten. Ellas también quieren ir, pero a esa hora lavan la ropa y limpian la casa. “Pues por ahí dicen que eso también es trabajo”, dice Farley. “¡Qué va! -reviran- Trabajar es cuando le pagan a uno”. Finalmente acuerdan verse el domingo a las 3 en la cancha del barrio La Estrella.

Angélica

Angélica y Andrea se despiden, se cogen de gancho y se van hacia su salón. Rápidamente la conversación se desvía hacia los niños. Comentan el lunar de Gabriel, los pantalones de Pedro Juan, los cachetes de Diego y lo fuerte que se ve Farley. “¿A usted le gusta Farley?”, pregunta Angélica. Andrea se sonroja y suelta una carcajada nerviosa... lo ve fuerte y eso le atrae. Le parece que habla como un hombre, no como otros que aún parecen unos niños, incluso algunos que también tienen 12. Farley se ve más grande desde que trabaja en la tienda de sus papás. Ya habla con todo el mundo, incluso con los adultos.

“Y a usted, ¿ya no le gusta Gabriel?”, pregunta Andrea. Angélica sacude la cabeza de lado a lado frunciendo los labios... “No sé... es caribonito pero mimado... como que no hace nada, qué pereza...”. Andrea asiente... “Mi mamá dice que el que no hace oficio no aprende a trabajar”. De repente gira su cabeza con fuerza: “¡Ya sé! ¡A usted le gusta Diego, Angélica! ¿cierto que sí? ¡Dígame que no!”. Angélica se queda en silencio, mientras Andrea la sacude. Angélica parece haber caído en una catacumba. “Pues sí -dice Andrea-, yo la entiendo. Aunque es gordito, no es un ningún vago. A mí me gusta que Farley trabaja, pero mire que Diego hace mucho en la casa...”

Al amanecer del sábado, el abuelo golpea en la ventana de Diego. Como un resorte, salta de su cama y hace un gesto con la mano, en señal de espera. Se viste como un rayo, se pone la ruana y sale. El abuelo y el viejo Julio cargan las herramientas, y los tres se abren camino entre los cuadros amarillo maíz, verde pistacho, ocre aurora y marrón tierra.

Silverio



No es el mismo bosque

Silverio jadea mientras camina cuesta arriba para salir de la mina. Los nudillos de su mano sobresalen cuando aprieta la soga a un ritmo acompasado al movimiento de sus pies.

Sus pulmones ya sienten los 43 años que está a punto de cumplir, y los 30 que lleva trabajando en socavón. Su meta es superar el tiempo que permanecieron su padre y su abuelo trabajando bajo tierra. Tres años quedan para lograrlo.

El diámetro de la luz se amplía a medida que se acerca a la bocamina. Una bocanada de aire llena sus bronquios cuando da el paso bajo el umbral. El brillo del sol encandelilla sus ojos. Es mediodía y su esposa ha venido a traerle el almuerzo. Se despide rapidito, pues va a llevar la niña al médico.

Silverio se sienta a almorzar en una piedra de gran tamaño con la mirada puesta en el bosque de pinos. El mismo bosque donde corría de pequeño trayendo el almuerzo a su padre, y por donde luego corría para llegar a tiempo a la escuela.

Recuerda que desde muy pequeño le encantaba el brillo del carbón y le pedía a su padre que lo dejara ir a picar en la mina. Su padre se resistió hasta cuando cumplió los 12 y se hizo grande. El sábado siguiente escogió la pica y la pala más livianas y lo dejó entrar a sacar su primer carbón.

Con lo que el niño sacaba, su padre pagaba su estudio y sus gastos. De esa manera, Silverio solo fue una carga para sus padres 12 años, nada más. Esto lo cuenta orgulloso cada vez que tiene chance.

En esa época tenía la misma edad de Ricardo, su tercer hijo, y tres años menos que Ramón, el segundo. Pero siente que tenía mucha más verriquera que los dos juntos. Su rostro se estira y su pecho suspira con preocupación cuando piensa en Ramón. Está a punto de cumplir los 16 y es una lidia que se levante para ir a estudiar. Su mamá ha tenido que ir al colegio varias veces porque va perdiendo el año. "Ese muchacho..." no para de repetir en silencio. No entiende por qué la infancia y la adolescencia de Ramón han sido tan distintas de la suya.

A los ocho años, Silverio pasaba más tiempo al aire libre que bajo techo. Lo levantaban temprano a ordeñar. Su madre esperaba la leche para preparar el desayuno. En el día, además de llevar el almuerzo a su papá e ir a la escuela tenía que hacer oficio en la casa. Lo que más le gustaba era hacer mandados, y aprovechaba para quedarse conversando con los vecinos. Los fines de semana, Silverio enjalmaba los caballos del vecino por unos pesos.

Los padres no se mandan solos

Con la aparición de la voluntad en la niñez, y del espíritu de autonomía en la adolescencia,

se crea un terreno movedizo para el ejercicio de la autoridad.

Los padres se han dado cuenta de que tienen límites frente a los hijos. El modelo de crianza que conocieron no puede aplicarse al pie de la letra. En general, antes de ponerles un oficio observan si es apropiado o no para ellos, y deben inventarse castigos que replacen los que conocieron, pues ya no son adecuados.

Con frecuencia, los padres se ven en situaciones en las que sus hijos saben más que ellos, y en las que abusan de los límites impuestos a sus padres para el ejercicio de la autoridad.

Cada día sus papás decían en cuál de los trabajos de la granja tenía que ayudar cada uno de los hijos. Mandaban a uno al cultivo de papa con la mamá; otro a guardar las ovejas y otro a cortar la leña. Las niñas, además, hacían las cosas de la casa.

Ramón, en cambio, a los ocho años apenas organizaba su cuarto. "Uno ya no es capaz de ser tan recio como fueron con uno", piensa Silverio. Y el niño, en vez de irse a hacer lo que uno le decía, se ponía a convencerlo a uno de que le cambiara ese oficio por otro. Y no sé a uno qué le pasa, pero a veces termina cediendo. Y entonces los muchachos sólo hacen ciertos oficios. A Ramón, por ejemplo, nunca le gustó hacer mandados. Se lo cambiaba a la mamá por doblar la ropa, porque lo hacía frente al televisor. Y yo terminaba mandando a Ricardo, todavía chiquito, porque no lograba que el Ramón fuera.

Y es que uno, no sé, uno ya no es capaz de mandar a los niños como antes... Y como además salen con unas cosas... y hasta lo miran a los ojos cuando le hablan a uno... vaya a ver si uno se atrevía a decirle algo a los papás!

A uno le decían que tenía que tratar a los mayores con respeto: “Sí señor”. “Cómo no, don José”. “Claro, señor”. Y había que decirlo mirando así, como hacia abajo.

A veces Silverio quisiera que sus hijos también lo trataran con el mismo respeto. Pero otras veces, lo reconoce, le agrada ver a sus hijos como hablan. Le parece gracioso que desde el más chiquito les hable a los adultos mirándolos a los ojos. Y son tan atrevidos que les dicen lo que piensan de las cosas. Y ahí donde uno los ve, son lo más de inteligentes... Estos niños de hoy como que saben más que uno, piensa. Al fin y al cabo, han estudiado desde pequeños.

Como será que cuando llega visita uno no los manda al cuarto, como hacían con uno, como si estorbara. El Ramón se sienta a conversar con sus tíos en la sala desde que tenía como 10 años, y ahora que tiene 15 hasta toma tinto con ellos, y cruza la pierna, y cuando no está de acuerdo los contradice, el muy osado.

A eso le ha ayudado mucho estar en el grupo juvenil, piensa. El otro día se la pasaron un día entero siembre que siembre árboles a la orilla del río. Nadie les va a dar nada por eso, pero ellos se la pasan en esas. Y eso cuando llegaron, todos entusiasmados, diciendo que en el grupo iban a demandar a la empresa que está allá porque está botando la basura al río... vaya lío en el que se van a meter esos muchachos... pero ellos hablan de decretos, de convenios, de yo no sé qué... yo no sé a qué horas este muchacho ha aprendido tanto, y eso que no le gusta ir a estudiar.

Hay que ver al hijo de Gerarda, su prima, recuerda Silverio. El otro día la mamá lo hizo salirse de un juego de fútbol... “tanto por hacer y este aquí vagando” le dijo Gerarda, y el muchacho le fue respondiendo que iba a llamar la autoridad. Que él tenía derechos, y eso fue recitando un relicario de derechos que quien sabe de dónde sacó. Pero uno con ellos ya no la saca fácil. Y uno no sabe cómo hablarles. Son muy sabionditos; eso con ellos toca con pinzas.

Ya si uno quiere que hagan algo no es mandarlos y ya, como era con uno. Con ellos toca decirles, y explicarles, y esperar a que ellos digan que sí. A qué horas el mundo cambió tanto...

Incómodo, se levanta de la piedra, toma su casco y su lámpara y busca a sus compañeros. También ellos terminaron ya de almorzar. Con un ademán los llama a entrar de nuevo al socavón. Sus botas pantaneras rastrillan las pequeñas piedras al acercarse a la bocamina. Observa hacia dentro y se sumerge en la oscuridad. Se refugia en la tibieza del interior de la Tierra.

El breve espacio de los padres

La autonomía y el desarrollo adquirido por los chicos y chicas hacen que sean percibidos como personas grandes, capaces de tomar las riendas de su vida.

Al mismo tiempo, la pérdida de autoridad de los padres atenúa su rol en la definición del rumbo que toman sus hijos. De ser quienes deciden sobre la vida de ellos y ellas, pasan a ser consejeros, con frecuencia ignorados.

3.

Conclusiones

3.1 Conclusiones

3.2 Recomendaciones



Conclusiones

El hallazgo principal de esta investigación es la riqueza simbólica de la gente que habita en entornos de la minería. Mujeres y jóvenes no adultos expresan sueños y formas de entender la vida de maneras tan diversas y complejas que lo analizado y registrado aquí es apenas parte de su mundo. Más allá del tema central de nuestra indagación, las percepciones sobre el trabajo infantil, podemos encontrar su visión acerca de otros aspectos como la educación, las relaciones intergeneracionales, lo que significa la armonía con el ambiente y sus expectativas frente a la existencia. Son vidas que se desarrollan de formas distintas a las que comúnmente encontramos en las ciudades, donde los afanes y las satisfacciones son otras, donde cobra real valor aquello de que las personas somos en buena parte nuestras circunstancias.

Empecemos por decir que la conjugación de las palabras trabajo e infancia no hace parte del lenguaje de las comunidades mineras. Esta relación, tan significativa para los formuladores e implementadores de políticas de infancia, no es expresada de manera automática por quienes viven de la minería, pues no hay una inquietud vivencial por esto. En otras palabras, el trabajo infantil no es considerado una situación necesariamente cuestionable o perniciosa. Es más, buena parte de la continuación de los ciclos de vida en estas regiones se sustenta en que los niños y jóvenes asuman desde temprano tareas propias de la vida rural. De modo que al promover un cambio en la dedicación de los menores de edad a las labores agropecuarias y mineras es importante tener en cuenta el gran valor que estas personas dan a la transmisión de saberes necesarios para su economía y su cultura.

Ahora, dado que los adolescentes no son vistos como niños, el término trabajo infantil se interpreta como el trabajo de niños aproximadamente menores de doce años; incluso, para algunos, esta línea se podría trazar a los diez años. Por eso, al hablar de trabajo infantil, ni adultos ni chicos se sienten interpelados; ellos coinciden en que a esas edades tan tempranas no es apropiado que trabajen.

Y, puesto que hacer los oficios de la casa, colaborar en las labores productivas de sus padres y ayudar a un familiar para aprender un

oficio no son vistas por ellos como actividades laborales, tampoco lo relacionan con trabajo infantil.

Los hallazgos de este estudio permiten ver cuáles son los valores que estas personas otorgan a dichas actividades realizadas por los que ellos consideran niños, como forjar el sentido de la responsabilidad y desarrollar la actitud hacia el trabajo. Reconocer sus motivaciones nos pone en la pista de cómo abordar el cambio social que nos hemos propuesto.

A los jóvenes no adultos -los mayores de 10, 12 años- los ven lo suficientemente crecidos para trabajar, incluso en algunas tareas relacionadas con la minería. Así que es necesario hacer un énfasis particular al nombrar el trabajo infantil, de manera que se comprenda que este también abarca a los jóvenes de 12 años en adelante.

Otra característica observada en estas comunidades es que los padres de familia no contemplan la “moratoria social”² de la adolescencia, o ese tiempo para definir su identidad, su personalidad y sus intereses, como un aspecto importante para la vida (Erikson, 1974). El paso de niño a “pequeño adulto” aparece alrededor de los 10, 12 años cuando niños y niñas ya son capaces de hacer bien algunos trabajos. Lo anterior hace que muchas de las actividades típicas de la adolescencia sean vistas con malos ojos en tanto son pérdida de tiempo o incluso perniciosas.

Por esto mismo, llevar la idea de que a ciertas edades no es bueno trabajar debe ir acompañada de realzar lo importante que resulta la moratoria social para el desarrollo de un adolescente. En otras palabras que, así como es importante estudiar y prepararse para la vida productiva, también es fundamental que los jóvenes dediquen

2 En los años 50, Erik Erikson acuñó este término en sus teorías sobre la identidad adolescente (el término que utiliza es moratoria psicosocial) y lo equipara a un tiempo muerto en la búsqueda de la identidad. Podría verse como el tiempo para la experimentación y el ensayo acerca del mundo y de las relaciones, sin que eso implique consecuencias irreversibles. En Sociología se utiliza el término ‘moratoria social’ para designar la etapa del desarrollo en la que el joven se prepara para sus roles de adulto. En las sociedades modernas se le equipara a la adolescencia.

tiempo a descubrir sus potencialidades –lo que puede surgir del ocio y el entretenimiento-, y a relacionarse con pares, en lo que desarrollan habilidades para las relaciones humanas y la convivencia.

Este estudio permite concluir también que estas poblaciones ponen un énfasis muy fuerte en vivir el momento y planear poco, sin guardar para más tarde. Así, asocian la expectativa de una vida laboral exitosa con el tener mucha experiencia, sin pensar en prepararse para ello. Es posible que esta forma de pensar tenga mucho sentido para ciertas cosas, mas no para la vida laboral adulta. Todavía es cierto que quienes más avanzan en el nivel educativo tienen una gama más amplia de opciones para desempeñarse laboralmente.

Su limitada proyección hacia alcanzar niveles educativos más altos no solo responde a su manera de pensar, sino también al limitado acceso a la educación superior (técnica, tecnológica y profesional) en sus territorios. Los registros del Ministerio de Educación indican que el Bajo Cauca y el Nordeste antioqueño hacen parte del grupo de municipios de Antioquia en los que el 89.99% de la población entre 17 y 21 años se encuentra por fuera del sistema de educación superior (Ministerio de Educación Nacional, 2014). En Boyacá, Sogamoso muestra una cobertura del 107% en educación superior, pues es receptora de población estudiantil de otros municipios. De ellos, el 51% está matriculado en programas de formación técnica y tecnológica; el 45% en formación universitaria, y el 3.7% en programas de posgrado. Mientras tanto, Mongua, Gámeza y Tópaga, donde también interviene Somos Tesoro, hacen parte del grupo de municipios en los que el 91% de la población entre 17 y 21 años se encuentra por fuera del sistema de educación superior (Ministerio de Educación Nacional, 2014).

Con este panorama, además de continuar ampliando el acceso de los jóvenes rurales a la educación superior, compete a las autoridades fomentar mayor permanencia en el sistema educativo. Para lograrlo, es importante presentar diversas ofertas educativas, como la formación vocacional, la educación técnica y tecnológica y los programas de emprendimiento empresarial pertinentes según la vocación productiva de la región. Esto puede enriquecer la visión de futuro de los jóvenes.

Recomendaciones

Como se ha dicho al inicio, el propósito principal de este estudio son las estrategias que se puedan plantear para generar conciencia entre poblaciones mineras sobre el trabajo infantil. Las siguientes son recomendaciones de acuerdo con diferentes espacios o ámbitos de acción, a partir de cada uno de los hallazgos de esta investigación.

1. La infancia es más corta de lo que parece

- **Inculcar la responsabilidad en la vida diaria**

Empecemos con los padres y los adultos responsables de la crianza y del desarrollo de niños y niñas. Es importante dar un lugar adecuado, justo, al valor de la responsabilidad en la formación de los hijos.

Una responsabilidad que se ajuste, paso a paso, al crecimiento físico y psicológico del niño para que no se vea expuesto a resolver situaciones que estén más allá de sus capacidades. Si bien es cierto que los chicos y chicas son muy capaces hay que tener en cuenta el costo emocional que implica verse enfrentado a eventos que limiten su adecuado desarrollo y el disfrute de su infancia.

A los padres se les puede hacer ver que hay otras formas de inculcar la responsabilidad, aparte del oficio y el trabajo. La responsabilidad también se aprende en acciones de la vida diaria como cumplir los compromisos, atender las normas y horarios establecidos en casa, responder con las tareas escolares, llegar a tiempo a las citas y cuidar los objetos a su cargo.

- **Reconocer la mayoría de edad como ingreso a la vida adulta**

Otra recomendación para los padres es asumir la importancia de la frontera entre la minoría y la mayoría de edad. Aunque parezcan grandes y fuertes, y manifiesten su deseo de ser autónomos, en la juventud no adulta aún necesitan ser formados y protegidos. El proceso

de darles independencia a los adolescentes debe ir acompañado del apoyo y la ayuda de los mayores, sea que los chicos lo demanden o no. Claro, a veces se creería que así como tienen más estudios que los padres, también tienen más herramientas para enfrentar la vida. Pero no es así; les falta la experiencia en la vida y aún necesitan orientación, límites y autoridad.

2. No todo pasado fue mejor

- **El trabajo infantil restringe la edad de aprender**

El gran empeño de los padres, en especial de las madres, en el estudio de sus hijos se circunscribe al hecho de que asistan y aprueben la escuela. Sin embargo, una adecuada formación académica requiere también tiempo del estudiante para investigar, hacer tareas, preparar exámenes, desarrollar su curiosidad y sentido crítico. Esto requiere de tiempo adicional al que permanece en el establecimiento educativo, y se ve limitado cuando el niño trabaja. Por esto, es importante ver a los niños y adolescentes no solo en edad de estudiar, sino en un sentido más amplio, en edad de aprender.

- **Estudiando se aprende a trabajar**

Ante la convicción que tienen tanto chicos como grandes de que a trabajar se aprende trabajando, se recomienda afianzar el estudio como un medio en el que también se aprenden aspectos útiles para la vida productiva, para la preservación del medio, de los oficios y la cultura. A su vez, ampliar la visión de la *preparación hacia el trabajo* como un proceso que puede llegar tan alto como fuertes sean sus cimientos. Estas bases implican mucho más que conocer un oficio, también contar con habilidades sociales, lingüísticas, manuales, matemáticas, culturales, entre otras, que se afianzan en el sistema educativo. Sembrar esta idea en el imaginario es competencia tanto de las instituciones educativas, como de organizaciones sociales, entidades públicas y privadas y líderes comunitarios.

3. Los padres no se mandan solos

- **Afianzar el rol de padres**

Al identificar la fragilidad que experimentan los padres, y en especial las madres, frente a las nuevas pautas de crianza, la precocidad de sus hijos y los derechos de los niños, es recomendable empoderar a los adultos en su rol de autoridad. Acciones pedagógicas que les lleven a comprender y apropiarse de estos temas serán una contribución valiosa para recuperar su papel de poner límites y representar la autoridad frente a los chicos; una autoridad que, además, se gana con ejemplo y legitimidad. Con esto se busca potenciar los mecanismos de contención en los casos en que los menores de edad deciden abandonar el estudio o ir a trabajar.

4. La vida no es pa' flojos

- **Reconocer el valor del juego y el ocio en el desarrollo**

El desconocimiento que los padres tienen de la moratoria social y su importancia en la adolescencia, sumado al temor que les produce el ocio de los jóvenes, los lleva a controlar a sus hijos de manera inadecuada en la adolescencia. Es importante presentar a los padres el papel que el juego, los encuentros con los amigos y el “no hacer nada” tienen en esa etapa de la moratoria social, para un adecuado desarrollo infantil y juvenil. Ya sea a través de las escuelas de padres o de otra institución, es fundamental capacitar a los padres en el ciclo de crecimiento y las etapas del ciclo de desarrollo. Esto les ayudará a entender los derechos de los niños y a experimentarlos en su relación de padres e hijos.

- **No hay que sufrir para saber afrontar la vida**

La segunda recomendación para trabajar con los chicos y chicas sobre este hallazgo es rebatir su idea de que cuando la vida es dura se aprende más rápido y mejor. Es importante reflexionar con ellos y ellas, y con los adultos que los rodean, sobre el carácter y la ganancia

de las actividades formativas que pueden venir de sus oportunidades educativas, de las experiencias culturales de su comunidad, del compartir en familia y con amigos, e incluso del juego.

- **Estimular el mundo creativo**

El horizonte planteado hasta aquí hace ver la necesidad de que los padres estimulen que los chicos exploren más el mundo creativo. Sean habilidades destacadas o simples gustos, es pertinente que, desde muy temprano en la vida, las personas abran espacio a estas actividades, no solo como alimento espiritual sino también como posibilidad de ser un mejor adulto, responsable y productivo.

Se podría decir que sería bueno que los padres aceptaran que “no solo de productividad vive el hombre”.

- **No le va mejor en la vida productiva al que empieza más temprano**

El seguimiento realizado por entidades y organizaciones nacionales e internacionales al desarrollo demuestran con hechos que la percepción de que le va mejor en la vida productiva al que empieza más temprano es contraria a la realidad. Quien comienza a laborar en condiciones precarias –como las que se presentan en el trabajo infantil– tiende a mantenerse en condiciones desfavorables en el trabajo a lo largo de su vida. En realidad, no le va mejor a quien empieza a trabajar más temprano, sino al que llega más preparado.

5. Ser varón, privilegio y desafío

- **Liberar el peso de los roles de género**

En el caso de los adolescentes varones algo más hay que decir sobre la carga que se les impone al esperar que sean sujetos productivos. En la construcción de la identidad masculina se da énfasis al hecho de que el hombre debe velar para que el hogar esté bien provisto. Este papel, el de proveedor, tiene que ver con que los hombres no adultos asuman trabajar desde temprana edad e incluso abandonar

el sistema educativo. Claro, en tanto es una exigencia social para demostrar su hombría, les genera una presión extra que los persigue, más aún si ya tienen hijos. De modo que los padres y la sociedad en general deben replantearse esas expectativas sobre los varones para que no se constituyan en elementos de presión que fomenten el trabajo infantil.

En el otro lado de la balanza, también hay que generar conciencia de todos los oficios que hacen las niñas en el hogar. A ellas se les asigna casi de manera natural ayudar en la cocina, lavar, limpiar y atender a los hermanos menores, e incluso a los hermanos varones de cualquier edad. Es necesario entonces encontrar los límites de tiempo y riesgo para el aporte que hacen los menores de edad en el hogar, y que las labores sean asignadas en equidad a varones y mujeres.

- **Para ser valiente no hay que ser héroe**

De nuevo, hay otro elemento asociado a la identidad de Género. Los jóvenes varones no adultos asocian el trabajo con la imagen de guerrero, de valiente que toma riesgos para ayudar a la familia o para establecer la propia. Habrá entonces que reflexionar sobre qué otras formas de mostrar fortaleza hay, sin sacrificar la infancia y la juventud en el trabajo.

6. El futuro es el presente

- **Poner límites al aprendizaje de las labores del campo**

Ahora pensemos en lo que significan las labores del campo. Ya hemos dicho la importancia que tienen en la transmisión de las tradiciones y de los saberes, fundamentales para la pervivencia de su economía. Aquí la recomendación se enfocaría en ponerle límite al tiempo que los niños dediquen a estas actividades, así como al grado de dificultad de la actividad y a los riesgos a que están expuestos los menores de edad. Un límite que les permita tener un balance entre su dedicación a conocer las labores agropecuarias, y la posibilidad de estar con los amigos, disfrutar, crecer y aprender. Un límite, también, que les

permita aprender sin que les sea delegada la responsabilidad de la tarea, ni se los exponga a ver afectada su salud y su desarrollo. Un límite que responda a los parámetros normativos del país y al Convenio 182 de la OIT, que define las Peores Formas de Trabajo Infantil.

- **La actitud de trabajar también se aprende en el estudio**

También es importante contrarrestar la idea de que la actitud de trabajar hay que despertarla trabajando. Si bien la experiencia del trabajo enseña muchas cosas, el interés por el trabajo tiene otras formas de ser promovido. Una de esas maneras es fomentando el estudio y la responsabilidad que éste conlleva.

7. El trabajo no es como lo pintan

- **Hay otras formas de ganar la autonomía**

Hay varias ideas que podrían desarrollarse para debilitar la noción de los jóvenes no adultos de que trabajar a temprana edad es algo deseable: la primera de ellas es que para obtener autonomía, esa condición que tanto anhelan, no es preciso trabajar. La autonomía también se puede ganar si se muestra responsabilidad con las obligaciones escolares.

- **Valorar lo perjudicial que resulta el trabajo infantil**

Ante las múltiples percepciones que legitiman el trabajo infantil, se hace necesario reforzar las limitaciones y riesgos que trae el trabajo infantil, así como dar valor a las actividades que garantizan los derechos de los niños y niñas. Fortalecer el imaginario de las bondades de la educación y la preparación para la vida en ámbitos propicios para la niñez y la adolescencia es necesario para combatir este flagelo.

- **Prepararse para la vida no es solamente para la vida productiva**

Otro elemento de reflexión para grandes y chicos de estas poblaciones mineras es que al prepararse para la vida no basta con prepararse para la vida productiva. Hay otros aspectos que hacen

parte de ser adulto y de tener un buen desarrollo, como la capacidad de relacionarse con todo tipo de personas, pares y adultos. Sin duda, para desarrollar esta capacidad uno de los mejores escenarios es el ambiente escolar, y nada mejor que seguir los ciclos de la vida, cada uno a su tiempo.

Finalmente, este acercamiento al mundo minero desde adentro nos muestra que hay un entramado de valores, aspiraciones, creencias y percepciones que determinan la realidad del trabajo infantil en su entorno y tienen un impacto en las condiciones laborales de las personas a lo largo de su vida.

Por esto, vale la pena reiterar la convicción de que las iniciativas para generar conciencia frente a un tema, y en particular frente al trabajo infantil, son más efectivas cuando se hacen “con” la gente. Estos hallazgos muestran que hay grandes oportunidades para reducir el trabajo infantil en la minería, si se parte de la reflexión compartida con la gente; si se fomenta el valor que tienen otros aspectos de la vida, y se muestra cómo estos también llevan al fin deseado, de salir adelante y conservar su cultura.

Fuentes consultadas

- . Vargas Melgarejo, Luz María (1994). Sobre el concepto de percepción. *Alteridades, Volumen 4* (Número 8), pp. 47-53. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa. Distrito Federal, México.
 - . Hernández Sampieri, Roberto., Collado, C., Baptista, P. (2010). *Metodología de la Investigación*. Quinta Edición. México: McGraw Hill Educación / Interamericana Editores, S.A.
 - . Erikson, Erik (1968, 1974). *Identidad, Juventud y Crisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós. 4
 - . Ministerio de la Protección Social, Ministerio de Educación Nacional, Departamento Nacional de Planeación, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. *Estrategia Nacional para Prevenir y Erradicar las Peores Formas de Trabajo Infantil y Proteger al Joven Trabajador 2008 -2015*. Colombia.
 - . Ministerio de Educación Nacional (2014). *Educación Superior 2014 - Síntesis estadística departamento de Boyacá*. Recuperado de http://www.mineduacion.gov.co/sistemasdeinformacion/1735/articles-212352_boyaca.pdf
 - . Ministerio de Educación Nacional (2014). *Educación Superior 2014 - Síntesis estadística departamento de Antioquia*. Recuperado de http://www.mineduacion.gov.co/sistemasdeinformacion/1735/articles-212352_antioquia.pdf
 - . Departamento Administrativo Nacional de Estadística - DANE (2016). Educación Formal – EDUC 2016.
- Boletín técnico, Comunicación Informativa (DANE). Bogotá, 18 de julio de 2017.

Este libro fue impreso en los talleres de Opciones Gráficas Editores Ltda.
en el mes de abril de 2018 en la ciudad de Bogotá D.C.
Somos una empresa responsable con el ambiente.

